

Max Horkheimer

Teoría tradicional y teoría crítica

Introducción de Jacobo Muñoz

Ediciones Paidós
I.C.E. de la Universidad Autónoma de Barcelona

I
TEORÍA TRADICIONAL Y TEORÍA CRÍTICA
(1937)

La cuestión¹ de qué es teoría según el estado actual de la ciencia no parece ofrecer grandes dificultades. En la investigación usual, por «teoría» se entiende un conjunto de proposiciones acerca de un ámbito de objetos conectadas entre sí de tal modo que a partir de algunas de ellas se pueden deducir las restantes. Cuanto menor es el número de los principios supremos en relación con las consecuencias, tanto más perfecta es la teoría. Su validez real consiste en que las proposiciones deducidas concuerden con acontecimientos efectivos. Por el contrario, si se presentan contradicciones entre la experiencia y la teoría, habrá que revisar una u otra. O bien se ha observado mal, o bien hay algún error en los principios teóricos. De ahí que la teoría permanezca siempre, respecto de los hechos, como una hipótesis. Es preciso estar dispuesto a modificarla si surgen dificultades en el tratamiento del material. La teoría es un saber acumulado de tal forma que se torna utilizable para la caracterización de los hechos más detallada y profunda posible. Poincaré compara a la ciencia con una biblioteca que creciese incesantemente. La física experimental hace el papel del bibliotecario que se ocupa de las adquisiciones, es decir, enriquece el saber aportando materiales. La física matemática, que en el ámbito de la ciencia natural es la teoría científica en el más estricto sentido, tiene la tarea de elaborar el catálogo. Sin el catálogo nadie se podría servir de la biblioteca, a pesar de todas sus riquezas. «Ésta es, pues, la tarea de la física matemática: debe guiar la generalización en un sentido que eleve los efectos útiles.»² Como objetivo de la teoría en

1. «La cuestión» / 1937, «El problema».

2. Henri Poincaré, *Ciencia e hipótesis*, ed. alemana de F. y L. Lindemann, Leipzig, 1914, pág. 146 (trad. cast.: *La ciencia y la hipótesis*, Madrid, Espasa Calpe, 1963).

general se presenta el sistema universal de la ciencia. Éste ya no se circunscribe a un ámbito particular, sino que abarca todos los objetos posibles. La separación de las ciencias se supera al reducirse a las mismas premisas las proposiciones referidas a ámbitos diferentes. El mismo aparato conceptual puesto a punto para la determinación de la naturaleza inanimada sirve asimismo para clasificar la naturaleza viva, y quien ha aprendido una vez a manejarlo, es decir, quien conoce las reglas de la deducción, la simbología, los procedimientos de comparación de las proposiciones deducidas con la constatación de los hechos, etc., se puede servir de él en todo momento. Todavía estamos lejos de esta situación.

Ésta es, por supuesto a grandes rasgos, la concepción de la esencia de la teoría más extendida hoy en día. Se suele derivar esta concepción de la teoría del inicio de la filosofía moderna. Como tercera máxima de su método científico, Descartes establece la resolución de «conducir ordenadamente mis pensamientos, comenzando por los objetos más simples y más fáciles de conocer, para ir ascendiendo poco a poco, como por grados, hasta el conocimiento de los más compuestos; y suponiendo un orden aun entre aquellos que no se preceden naturalmente unos a otros». La deducción, tal como es usual en matemáticas, se supone aplicable a la totalidad de la ciencia. El orden del mundo se abre a las conexiones de un pensamiento deductivo. «Esas largas cadenas de trabadas razones muy simples y fáciles, que los geómetras acostumbran a emplear para llegar a sus más difíciles demostraciones, me habían dado ocasión para imaginar que todas las cosas que entran en la esfera del conocimiento humano se encadenan de la misma manera; de suerte que, con sólo abstenerse de admitir como verdadera ninguna que no lo fuera y de guardar siempre el orden necesario para deducir las unas de las otras, no puede haber ninguna, por lejos que se halle situada o por oculta que esté, que no se llegue a alcanzar y descubrir.»³ Dependiendo de las posiciones filosóficas del lógico, se considerará que las proposiciones más universales, de las que parte la deducción, son también juicios de

3. Descartes, *Discurso del método*, II, Madrid, Alianza, 1979, pág. 83 (trad. de R. Frondizi).

experiencia, inducciones, como en John Stuart Mill; o intuiciones evidentes, como en las corrientes racionalistas y fenomenológicas; o estipulaciones arbitrarias, como en la axiomática moderna. En la lógica más avanzada del presente, cuya expresión más representativa se encuentra en las *Investigaciones lógicas* de Husserl, la teoría se define como «el sistema de proposiciones cerrado en sí mismo de una ciencia en general».⁴ La teoría, en sentido estricto, es «una conexión sistemática de proposiciones en la forma de una deducción sistemática unitaria».⁵ Ciencia significa «un cierto universo de proposiciones [...] que se originan, como siempre, en el trabajo teórico, y en cuya ordenación sistemática resulta determinado un cierto universo de objetos».⁶ La exigencia fundamental que cualquier sistema teórico debe cumplir consiste en que todas las partes estén enlazadas entre sí sin discontinuidades ni contradicciones. Weyl considera condición indispensable la univocidad, que incluye la ausencia de contradicciones, así como la ausencia de partes que resulten superfluas, puramente dogmáticas y que carezcan de influencia sobre los fenómenos observables.⁷

Si se puede hablar de que esta concepción tradicional de la teoría muestra una tendencia, ésta apunta a un sistema de símbolos puramente matemático. Como elementos de la teoría, como partes de las conclusiones y proposiciones, cada vez intervienen menos nombres de objetos de experiencia, siendo sustituidos por símbolos matemáticos. Incluso las propias operaciones lógicas están ya hasta tal punto racionalizadas, que al menos en gran parte de la ciencia natural la expresión de las teorías se ha convertido en una construcción matemática.

Las ciencias del hombre y de la sociedad se esfuerzan por imitar el modelo de las exitosas ciencias naturales. La diferencia entre las escuelas de ciencia social, entre aquellas que se orientan más hacia la investigación de hechos y aquellas otras que se orientan

4. Edmund Husserl, *Formale und transzendente Logik*, Halle, 1929, pág. 89 (trad. cast.: *Lógica formal y lógica trascendental: ensayo de una crítica de la razón lógica*, México, Centro de Estudios Filosóficos, UNAM, 1962).

5. *Ibid.*, pág. 79.

6. *Ibid.*, pág. 91.

7. Hermann Weyl, «Philosophie der Naturwissenschaft», en *Handbuch der Philosophie*, Abteilung 2, Munich y Berlín 1927, págs. 118 y sigs.

más hacia los principios, no tiene en principio nada que ver con el concepto de teoría en cuanto tal. El laborioso trabajo conjunto en todas las disciplinas que se ocupan de la vida social, la compilación de inmensas cantidades de datos singulares acerca de problemas que son tratados mediante cuidadosas encuestas y otros medios auxiliares de las investigaciones empíricas (que desde Spencer, sobre todo en las universidades anglosajonas, constituyen una gran parte de la actividad científica), ofrecen, ciertamente, una imagen que parece más emparentada externamente con el resto de la vida característica del modo industrial de producción, que la formulación de principios abstractos o las consideraciones en torno a los conceptos fundamentales llevadas a cabo desde los escritorios, tal como acaso caracterizaban a una parte de la sociología alemana. Pero esto no significa una diferencia estructural del pensamiento. No obstante, en los últimos períodos de la sociedad contemporánea las llamadas ciencias del espíritu sólo tienen un fluctuante valor de mercado. Se deben intentar equiparar como mejor puedan a las afortunadas ciencias naturales, cuyas posibilidades de aplicación están fuera de duda. En todo caso, no puede haber ninguna duda en torno a la identidad de la concepción de la teoría de las distintas escuelas de sociología entre sí y respecto de las ciencias naturales. Los empiristas no tienen una concepción de lo que es una teoría bien elaborada diferente de la de los teoreticistas. Simplemente mantienen la convicción, segura de sí misma, de que en vista de la complejidad de los problemas sociales y del estado actual de la ciencia, el trabajo en cuestiones de principios generales se puede considerar como un asunto cómodo y ocioso. Si es necesario realizar un trabajo teórico, éste se debe llevar a cabo en contacto permanente con el material empírico; no hay que pensar, para un tiempo previsible, en elaborar amplias exposiciones teóricas. Estos investigadores aprecian mucho los métodos de formulación exacta, especialmente los procedimientos matemáticos cuyo sentido guarda una estrechísima relación con el concepto de teoría perfilado más arriba. No es tanto la teoría en general lo que se impugna desde estas posiciones, cuanto la relevancia de la teoría que otros desarrollan «desde arriba» y sin entrar en contacto con los problemas de una disciplina científica empírica. Las diferencias entre comunidad y sociedad (Tönnies), entre solidaridad mecánica

y solidaridad orgánica (Durkheim), entre cultura y civilización (A. Weber), como formas fundamentales de la socialización humana, ocultan desde el principio, a juicio de estos autores, el carácter problemático que presentan cuando se intenta aplicarlas a problemas concretos. El camino que debe tomar la sociología, dado el estado actual de la investigación, es la trabajosa ascensión desde la descripción de fenómenos sociales a la comparación detallada, y sólo desde este punto a la formación de conceptos generales.

La oposición que hemos expuesto llega hasta el punto de que los empiristas, siguiendo su tradición, sólo consideran válidas las inducciones completas como principios supremos de la teoría, y creen que todavía nos encontramos muy lejos de poder formularlos. Sus oponentes consideran que también son correctos otros procedimientos para la formación de las categorías y principios supremos, no tan dependientes del progreso en la compilación de materiales. Por ejemplo, Durkheim quizá coincide en múltiples aspectos con las posiciones fundamentales de los empiristas, pero por lo que respecta a los principios, declara que el proceso de inducción se puede abreviar. Según él, ni es posible clasificar los fenómenos sociales sobre la base del registro de hechos meramente empírico, ni dicha clasificación podría facilitar la investigación tanto como se espera de ella: «su papel consiste en proporcionarnos puntos de apoyo a los que podamos vincular observaciones distintas de aquellas mediante las cuales obtuvimos esos puntos de apoyo. Empero, para este fin no se precisa desarrollar según un inventario completo de todos los rasgos individuales, sino según un pequeño y cuidadosamente escogido conjunto de ellos [...] Puede ahorrar al observador muchos pasos, porque le guiará [...] Por consiguiente, debemos escoger para nuestra clasificación rasgos particularmente esenciales». ⁸ Ahora bien, ya se obtengan los primeros principios por selección, por intuición de esencias o mediante puras estipulaciones, esto no supone ninguna diferencia por lo que respecta a su función en el sistema teórico ideal. Es cierto que el científico aproxima sus principios más o menos generales, a título de hipótesis, a los nuevos hechos que van apareciendo. El sociólogo de orienta-

8. Emile Durkheim, *Les règles de la méthode sociologique*, París, 1927, pág. 99 ¹⁷⁻
(trad. cast.: *Las reglas del método sociológico*, Madrid, Akal, 1991).

ción fenomenológica asegurará, naturalmente, que tras la constatación de una ley esencial es indudablemente seguro que cada ejemplar se debe comportar en correspondencia con dicha ley. Pero el carácter hipotético de la ley esencial se hace valer en el problema de si en el caso particular se da un ejemplar de la esencia en cuestión o de otra esencia emparentada con ésta, o si se trata de un mal ejemplar de la primera esencia o de un buen ejemplar de la otra especie. Siempre queda en un lado el saber, formulado en el pensamiento, y en el otro lado un estado de cosas que debe ser aprehendido por aquél, y esta subsunción, este establecer la relación entre la mera percepción o constatación del estado de cosas y la estructura conceptual de nuestro saber, se denomina explicación teórica.

No es preciso que nos ocupemos aquí en detalle de las diversas formas de clasificación. Mencionemos simplemente qué sucede con la explicación de acontecimientos históricos según esta concepción tradicional de la teoría. Esta cuestión se manifiesta claramente en la controversia entre Eduard Meyer y Max Weber. Meyer había declarado irresoluble y ociosa la cuestión de si en ausencia de ciertas decisiones voluntarias de determinados personajes históricos, las guerras que ellos desencadenaron se hubiesen producido de todos modos más tarde o más temprano. Por el contrario, Weber quería mostrar que en tal caso la explicación histórica en general sería imposible. En conexión con las teorías del fisiólogo Von Kries y de juristas y economistas tales como Merkel, Liefmann y Radbruch, Weber desarrolló la «teoría de la posibilidad objetiva». La explicación del historiador, como la del penalista, no consiste en modo alguno en la enumeración más completa posible de todas las circunstancias implicadas, sino en poner de relieve la relación entre ciertos aspectos del acontecimiento interesantes para el decurso histórico posterior y ciertos sucesos singulares determinantes. Esta relación (por ejemplo, en el juicio de que una guerra se desencadenó por la política de un estadista consciente de sus objetivos) presupone lógicamente que en el caso de que esa política no se hubiese llevado a cabo, tampoco se habría producido el efecto que se explica por ella, sino otro diferente. Si se afirma una determinada relación de causalidad histórica, se presupone siempre que en ausencia de la causa, y según las conocidas

leyes de la experiencia, se habría hecho valer un efecto diferente en las mismas circunstancias dadas. Las reglas de la experiencia no son otra cosa que la articulación de nuestro saber acerca de las relaciones económicas, sociales y psicológicas. Con su ayuda construimos un proceso verosímil en el que insertamos o del que eliminamos el acontecimiento que ha de servir a la explicación.⁹ Se trata de una operación con oraciones condicionales aplicada a una situación dada. Supuestas las circunstancias A, B, C, D se espera que tenga lugar el acontecimiento q; mientras que si se elimina D, tendrá lugar el acontecimiento r; y si se añade G, el acontecimiento s, y así sucesivamente. Un cálculo semejante pertenece al entramado lógico tanto de la historia como de la ciencia natural. Es el modo de existencia de la teoría en sentido tradicional.

Así pues, lo que los científicos de los diversos ámbitos consideran la esencia de la teoría se corresponde realmente con su tarea inmediata. Tanto el tratamiento de la naturaleza física como el de determinados mecanismos económicos y sociales exige la configuración del material científico en una estructura ordenada de hipótesis. Los progresos técnicos de la era burguesa no se pueden dissociar de esta función de la actividad científica. Mediante esta actividad, por un lado los hechos se tornan fructíferos para un saber que es aprovechable en las condiciones socioeconómicas dadas, y por otro lado el saber disponible se aplica a los hechos. No cabe duda de que un trabajo semejante constituye un momento de la transformación y el desarrollo permanentes de los fundamentos materiales de esta sociedad. Sin embargo, cuando el concepto de teoría se autonomiza, como si se pudiera fundamentar a partir de la esencia interna del conocimiento o de algún otro modo ahistórico, se transforma en una categoría reificada, ideológica.

Tanto la fertilidad de las nuevas relaciones descubiertas entre los hechos para la transformación del conocimiento disponible como la aplicabilidad de éste a los hechos son cualidades que no se remontan a elementos puramente lógicos o metodológicos, sino que en cada caso sólo se pueden comprender en relación con pro-

9. Max Weber, «Kritische Studien auf dem Gebiet der kulturwissenschaftlichen Logik», en *Gesammelte Aufsätze*, Tübinga, 1922, pág. 266 y sigs. (trad. cast.: «Escritos críticos sobre la lógica de las ciencias de la cultura», en *Ensayos sobre metodología sociológica*, Buenos Aires, Amorrortu, 1973).

cesos¹⁰ sociales reales. Cuando un descubrimiento ocasiona la reestructuración de puntos de vista precedentes, ello nunca sucede exclusivamente mediante consideraciones lógicas, fundadas a lo sumo en la contradicción con determinadas partes de la representación dominante. Siempre se pueden imaginar hipótesis auxiliares mediante las cuales se pudiera evitar un cambio de la totalidad de la teoría. Pero los nuevos puntos de vista se abren paso en contextos históricos concretos, aun cuando para los propios científicos sólo sean determinantes motivos inmanentes. Los teóricos del conocimiento contemporáneos no niegan esto, aunque piensan menos en relaciones sociales que en el genio o el azar como factores extracientíficos decisivos. Cuando en el siglo XVII se prescindió de solucionar mediante construcciones adicionales las dificultades en las que tropezaba el modo tradicional de conocimiento astronómico, y en cambio tuvo lugar el tránsito al sistema copernicano, este cambio no dependió solamente de las propiedades lógicas de dicho sistema (como por ejemplo una mayor simplicidad). Que estas mismas propiedades resultasen ventajosas conduce por sí mismo a los fundamentos de la praxis social de aquella época. Cómo el sistema copernicano, apenas mencionado en el siglo XVI, se llegó a convertir en un poder revolucionario, constituye una parte del proceso histórico en el que el pensamiento mecanicista conquistó el poder.¹¹ Por lo demás, la tesis de que la modificación de las estructuras científicas depende de la situación social correspondiente no sólo es válida para teorías tan amplias como el sistema copernicano, sino también para los problemas especiales de la investigación cotidiana. En modo alguno se puede deducir de la situación lógica la respuesta a la cuestión de si el hallazgo de nuevas variedades en regiones particulares de la naturaleza orgánica o inorgánica, ya sea en el laboratorio químico o en investigaciones paleontológicas, sirve de ocasión para la modificación de viejas clasificaciones o para el surgimiento de otras nuevas. Los teóricos del conocimiento se suelen servir en este punto del concepto de conformidad a fines, que sólo en apariencia es inmanente a las

ciencias. La cuestión de si las nuevas definiciones se establecen conforme a fines, y de cómo sucede esto, no depende simplemente de la simplicidad y consistencia lógica del sistema, sino también, entre otras cosas, de la dirección y los objetivos de la investigación, que no se pueden aclarar ni se pueden hacer completamente transparentes desde la investigación misma.

Y del mismo modo que la influencia del material empírico sobre la teoría, así tampoco la aplicación de la teoría al material empírico es un proceso meramente intracientífico, sino que es también un proceso social. La relación de las hipótesis con los hechos no se cumple en último término en la cabeza del investigador, sino en la industria. Las reglas según las cuales el alquitrán de hulla adquiere cualidades cromáticas al ser sometido a determinados procesos, o las reglas que hacen que la nitroglicerina, el nitrato potásico y otras sustancias posean una elevada fuerza explosiva, son un saber acumulado que se aplica realmente a los hechos en las fábricas de la gran industria.

Entre las diversas escuelas filosóficas, los positivistas y los pragmatistas parecen particularmente atentos al entrelazamiento del trabajo teórico con el proceso vital de la sociedad. Ambas corrientes caracterizan la previsión y la utilidad de los resultados como tareas de la ciencia. Pero en realidad esta conciencia de los objetivos, la creencia en el valor social de su profesión, es para el científico un asunto privado. El científico puede creer en un saber independiente, «suprasocial», suspendido libremente en el aire, tanto como en el significado social de su disciplina: esta oposición de interpretaciones no influye en lo más mínimo sobre lo que de hecho es su actividad. El científico y su ciencia están insertos en el aparato social, sus rendimientos son un momento de la autoconservación, de la reproducción permanente de lo existente, y no importa la interpretación personal que se tenga del asunto. Deben tan sólo corresponder a su «concepto», es decir, producir teoría en el sentido descrito más arriba. En la división social del trabajo, el científico debe integrar los hechos en órdenes conceptuales y mantener dichos órdenes de tal modo que él mismo y todos los que se deban servir de ellos puedan dominar un ámbito de objetos lo más amplio posible. El experimento tiene dentro de la ciencia el sentido de constatar los hechos de forma especialmente adecuada a la co-

10. «Procesos» (*Prozessen*) / 1937: «Procesos» (*Verläufen*).

11. Una exposición de este proceso se encuentra en la *Zeitschrift für Sozialforschung*, IV, 1935, pág. 161 y sigs., en el artículo de Henryk Grossmann «Die gesellschaftlichen Grundlagen der mechanistischen Philosophie und die Manufaktur».

rrespondiente situación de la teoría. El material de hechos, la materia, se suministra desde fuera. La ciencia proporciona formulaciones claras, sinópticas, de modo que cada uno pueda manejar los conocimientos como quiera. Para el científico la actividad teórica, su particular forma de espontaneidad, consiste en el registro, la reorganización, la racionalización del conocimiento de hechos, sin importar si se trata de la exposición más detallada posible del material, como sucede en historia y en las ramas descriptivas de otras ciencias especializadas, o si se trata de la compilación de masas de datos y la obtención de reglas generales, como en física. El dualismo de pensamiento y ser, de entendimiento y percepción, le resulta natural.

La concepción tradicional de la teoría es el resultado de una abstracción que parte de la actividad científica tal como se lleva a cabo en un nivel dado de división del trabajo. Corresponde a la actividad del científico tal como se desempeña junto a todas las restantes actividades de la sociedad, sin que la relación entre dichas actividades particulares sea inmediatamente transparente. De ahí que en la concepción tradicional no aparezca la verdadera función social de la ciencia, no aparezca lo que la teoría significa en la existencia humana, sino solamente en esa esfera desprendida del resto de la actividad social en la que tiene lugar la producción de teoría en condiciones históricas. Pero la vida de la sociedad es en realidad el resultado del trabajo conjunto de las distintas ramas de la producción, y aunque la división del trabajo en el modo de producción capitalista funciona mal, sin embargo sus ramas, incluida la ciencia, no se pueden considerar autosuficientes e independientes. Son especializaciones del modo en que la sociedad se enfrenta a la naturaleza y se conserva en su forma dada. Son momentos del proceso social de producción, incluso cuando son poco productivas, en sentido propio, o no son productivas en absoluto. No son relaciones eternas o naturales ni la estructura de la producción industrial y agraria ni la separación entre los servicios, funciones y trabajos directivos y los ejecutivos, o la separación entre actividades espirituales y manuales. Surgen, por el contrario, del modo de producción en determinadas formas sociales. La apariencia de autosuficiencia de los procesos de trabajo, cuyo curso se pretende derivar de la esencia interna de su objeto, corresponde a la ilusoria

libertad de los sujetos económicos en la sociedad burguesa. Creen actuar siguiendo decisiones individuales, cuando incluso en sus más complicados cálculos son exponentes del inabarcable mecanismo social.

La falsa autoconciencia del científico burgués en la era del liberalismo se muestra en los diversos sistemas filosóficos. Ha encontrado una expresión particularmente significativa con el cambio de siglo, en el neokantismo de Marburgo. Los rasgos particulares de la actividad teórica del científico especializado se convierten aquí en categorías universales, en momentos, por así decirlo, del espíritu del mundo, del «logos» eterno, o más bien sucede que ciertos rasgos decisivos de la vida social son reducidos a la actividad teórica del científico. La «fuerza del conocimiento» es denominada «la fuerza del origen». Por «producir» se entiende la «soberanía creadora del pensamiento». Cuando algo se manifiesta como dado, ha de tener éxito el intento de constituir todas sus determinaciones a partir de los sistemas teóricos, en última instancia a partir de la matemática; todas las magnitudes finitas se dejan deducir del concepto de lo infinitamente pequeño mediante el cálculo infinitesimal, y esto es precisamente su «producción». El ideal es aquí el sistema unitario de una ciencia todopoderosa en este sentido. Y como todo lo que hay en el objeto se ha disuelto en determinaciones del pensamiento, nada fijo, material, se puede presentar como resultado de este trabajo; la función determinante, clasificatoria y unificadora es lo único en lo que todo se funda y a lo que apunta todo esfuerzo humano. La producción es producción de la unidad, y la producción misma es el producto.¹² El progreso en la conciencia de la libertad consiste, según esta lógica, en que el mísero fragmento del mundo que el científico tiene delante de sus ojos se pueda expresar cada vez más en la forma de un cociente diferencial. Siendo así que en realidad la profesión científica no es un momento independiente respecto del trabajo y la actividad histórica del hombre, sin embargo en esta filosofía ocupa el lugar de éstos. En la medida en que la razón debe determinar efectivamente los acontecimientos en una sociedad futura, esta hipóstasis del logos como realidad es también una utopía disfrazada. El

12. Véase Hermann Cohen, *Logik der reinen Erkenntnis*, Berlín, 1914, pág. 23 y sigs. ²⁰⁻

autoconocimiento del hombre en el presente no es, empero, la ciencia natural matemática, que se presenta como logos eterno, sino la teoría crítica de la sociedad existente regida por el interés en las situaciones racionales.

La consideración aislada de actividades y ramas de actividad particulares junto con sus contenidos y objetos precisa, para ser verdadera, de la conciencia concreta de su propia limitación. Hay que pasar a una concepción en la que la unilateralidad que surge necesariamente de la disociación de procesos intelectuales parciales respecto de la totalidad de la praxis social sea a su vez superada. En la representación que el científico tiene de la teoría, y que es el resultado inevitable de su propia profesión, la relación de los hechos con el orden conceptual ofrece un importante punto de partida para dicha superación. La teoría del conocimiento que hoy impera ha reconocido también el carácter problemático de esta relación. Una y otra vez se pone de manifiesto que los mismos objetos constituyen en una disciplina problemas que sólo se podrían resolver en un tiempo apenas previsible, mientras que en otra disciplina se aceptan como simples hechos. Ciertas relaciones que en física han sido suprimidas como tema de investigación, se presupon en biología como evidentes. Lo mismo se puede decir, dentro de la propia biología, de los procesos fisiológicos en relación con los psicológicos. Las ciencias sociales toman la totalidad de la naturaleza humana y extrahumana como dada y se interesan por la construcción de las relaciones del hombre con la naturaleza, y de los hombres entre sí. Pero el concepto de teoría no se puede desarrollar señalando esta relatividad, inmanente a la ciencia burguesa, de la relación del pensamiento teórico con los hechos, sino mediante consideraciones que afectan tanto al científico como a los individuos cognoscentes en general.

La totalidad del mundo perceptible, tal como existe para el miembro de la sociedad burguesa y tal como se interpreta en la concepción tradicional del mundo que se encuentra en interacción con aquélla, se presenta al sujeto como un conjunto de facticidades; el mundo está ahí, y debe ser aprehendido. El pensar organizador de cada individuo pertenece al conjunto de las relaciones sociales que tienden a adaptarse del modo más adecuado posible a las necesidades. Pero entre el individuo y la sociedad existe en este

punto una diferencia esencial. El mismo mundo que para el individuo es algo existente en sí, que él contempla y debe aprehender, es al mismo tiempo, en la forma en que existe y subsiste, un producto de la praxis social general. Lo que percibimos en nuestro entorno, las ciudades, los pueblos, los campos y los bosques, lleva en sí el sello de la elaboración. Los hombres son un resultado de la historia no sólo en sus vestidos y en su conducta, en su figura y en su forma de sentir, sino que también el modo en que ven y oyen es inseparable del proceso vital social tal como se ha desarrollado durante milenios. Los hechos que los sentidos nos presentan están socialmente preformados de dos modos: a través del carácter histórico del objeto percibido y a través del carácter histórico del órgano percipiente. Ambos son no sólo naturales, sino que también están configurados por la actividad humana. Sin embargo el individuo se experimenta a sí mismo en la percepción como receptivo y pasivo. La oposición entre actividad y pasividad, que se presenta en la teoría del conocimiento como el dualismo de sensibilidad y entendimiento, no es válida para la sociedad en la misma medida que para el individuo. Donde éste se experimenta a sí mismo como pasivo y dependiente, es aquélla, que sin embargo se compone de individuos, un sujeto activo, aunque inconsciente y por tanto impropio. Esta diferencia en la existencia del hombre y la sociedad es una expresión de la escisión que hasta ahora era propia de las formas históricas de la vida social. La existencia de la sociedad o bien descansa sobre la opresión inmediata, o bien es el resultado ciego de fuerzas en conflicto, pero en todo caso no es el resultado de la espontaneidad consciente de individuos libres. Por esta razón cambia el significado de los conceptos de actividad y pasividad, según se apliquen a la sociedad o al individuo. En el sistema económico burgués la actividad de la sociedad es ciega y concreta, y la del individuo es abstracta y consciente.

La producción humana contiene siempre un elemento de conformidad a un plan. En la medida en que el hecho, que para el individuo se añade a la teoría desde fuera, ha sido producido socialmente, se ha de poder encontrar en él la razón, aunque en un sentido limitado. De hecho, en la praxis social siempre está involucrado el saber disponible y aplicado; por ello el hecho percibido está determinado por representaciones y conceptos humanos ya ²¹⁻

antes de su elaboración teórica consciente, efectuada deliberadamente por el individuo. No se debe pensar únicamente en los experimentos de la ciencia natural. La supuesta pureza del desarrollo de los hechos que se debe alcanzar mediante procedimientos experimentales se encuentra ciertamente vinculada a condiciones técnicas cuya relación con el proceso material de producción brilla por sí misma. Pero en este punto se confunde fácilmente la cuestión de la mediación de los hechos por la praxis social en su totalidad con la cuestión de la influencia que ejerce el instrumento de medición sobre el objeto observado, es decir, la influencia del procedimiento concreto de que se trate. Este último problema, cuya solución persigue la física permanentemente, no está relacionado con la cuestión que aquí planteamos más estrechamente que en el caso de la percepción en general, incluida la percepción cotidiana. El propio aparato sensorial fisiológico del hombre trabaja en gran medida, desde hace tiempo, en la dirección de los experimentos de la física. El modo en que en la contemplación receptiva se separan y componen las partes, de manera que ciertos elementos singulares no se perciben mientras que otros se acentúan, es un resultado del modo de producción moderno en la misma medida en que la percepción de un hombre de cualquier tribu de cazadores y pescadores primitivos es el resultado de sus condiciones de existencia, y también, por supuesto, del objeto. En relación con esto se puede invertir la tesis de que los instrumentos son prolongaciones de los órganos humanos y afirmar que los órganos son también prolongaciones de los instrumentos. En los niveles elevados de la civilización, la praxis humana consciente determina inconscientemente no sólo el lado subjetivo de la percepción, sino en buena medida también el objeto. Lo que el miembro de la sociedad industrial ve cotidianamente en torno a él (bloques de viviendas, fábricas, algodón, ganado, hombres) y no sólo los cuerpos, sino también el movimiento en el que se perciben (empezando por los trenes subterráneos, las jaulas de extracción, los automóviles, los aviones), todo este mundo sensible presenta los rasgos del trabajo consciente, y no se puede establecer realmente la diferencia entre lo que de todo ello pertenece a la naturaleza inconsciente y lo que pertenece a la praxis social. Incluso allí donde se trata de la experiencia de objetos naturales en cuanto

tales, su carácter natural se determina por contraste con el mundo social, y por tanto depende de éste.

Empero el individuo registra en órdenes conceptuales la realidad sensible como una mera sucesión de hechos. También dichos órdenes se han desarrollado, por supuesto, en conexión variable con el proceso vital de la sociedad. Por eso cuando la clasificación en los sistemas del entendimiento, el juicio sobre los objetos, tiene lugar regularmente con gran evidencia y con notable concordancia por parte de los miembros de la sociedad dada, esta armonía que se da tanto entre la percepción y el pensamiento tradicional como entre las mónadas, es decir, entre los sujetos cognoscentes individuales, no se debe a un azar metafísico. El poder del sano entendimiento común, del *common sense*, para el que no existen secretos, así como la validez general de puntos de vista acerca de ámbitos no relacionados inmediatamente con los conflictos sociales, como pueda ser la ciencia natural, están condicionados por el hecho de que el mundo de objetos que se ha de juzgar surge en buena medida de una actividad determinada por los mismos pensamientos mediante los cuales ese mundo se reconoce y conceptualiza a sí mismo en el individuo. En la filosofía de Kant se expresa de manera idealista este estado de cosas. La doctrina de la sensibilidad meramente pasiva y del entendimiento activo conduce a Kant a la cuestión de cómo puede el entendimiento prever con seguridad que la multiplicidad dada en la sensibilidad podrá ser sometida en todo tiempo a sus reglas. Kant combate expresamente la tesis de una armonía preestablecida, de un «sistema de preformación de la razón pura», según la cual son innatas al pensamiento las reglas conforme a las que también se rigen los objetos.¹³ Su explicación consiste en que los fenómenos sensibles están ya configurados por el sujeto trascendental, es decir, por una actividad racional, cuando son aprehendidos en la percepción y juzgados conscientemente.¹⁴ La «afinidad trascendental», el carácter subjetivamente determinado del material sensible, sobre el que el individuo nada sabe, intentó fundamentarla Kant con más detalle en los capítulos más importantes de la *Crítica de la razón pura*.

13. Véase Kant, *Crítica de la razón pura*, B167 (párrafo 27).

14. *Op. cit.*, «Sección segunda de la deducción de los conceptos puros del entendimiento», 4: «Explicación preliminar de la posibilidad de las categorías como conocimientos *a priori*», A110. 22

La dificultad y oscuridad que según el propio Kant encierran los capítulos relacionados con esta cuestión en la deducción y en el esquematismo de los conceptos puros del entendimiento, se debe tal vez a que este filósofo se representaba la actividad supraindividual, inconsciente para el sujeto empírico, sólo en la forma idealista de una conciencia en sí, de una instancia puramente espiritual. Kant, conforme a la perspectiva teórica accesible en su época, no considera la realidad como el producto del trabajo social, caótico en su conjunto pero orientado a fines en lo particular. Donde Hegel ya vislumbra la astucia de una razón objetiva que pese a todo dirige la historia del mundo, Kant ve un «arte oculto en las profundidades del alma humana, cuyas verdaderas operaciones difícilmente arrancaremos nunca a la naturaleza de manera que se presenten descubiertas ante nuestros ojos».¹⁵ En cualquier caso Kant entendió que tras la discrepancia entre los hechos y las teorías que el científico percibe en su ocupación profesional, se oculta una unidad más profunda, la subjetividad universal, de la que depende el conocimiento individual. La actividad social aparece como poder trascendental, es decir, como un conjunto de factores espirituales. La afirmación de Kant de que su eficacia se encuentra rodeada de oscuridad, es decir, de que pese a toda racionalidad es irracional, no carece de un núcleo de verdad. La economía burguesa no se rige por un plan, pese a toda la sagacidad de los individuos en competencia mutua, ni se orienta conscientemente hacia un fin universal. La vida de la totalidad surge en este sistema sólo bajo fricciones desmesuradas, en una forma atrofiada y como por casualidad. Las dificultades supremas en las que se encuentran atrapados los conceptos fundamentales de la filosofía kantiana, ante todo el Yo de la subjetividad trascendental, la percepción pura u originaria, la conciencia, dan testimonio de la profundidad y honestidad de su pensamiento. El doble carácter de estos conceptos kantianos, que por una parte designan la más alta unidad y orientación finalística, y por otra parte denotan algo oscuro, inconsciente y opaco, corresponde con toda exactitud a la forma cargada de contradicciones de la actividad humana en la época moderna. La acción conjunta de los hombres en la sociedad es el

15. *Op. cit.*, «El esquematismo de los conceptos puros del entendimiento», B181.

modo de existencia de su razón, el modo en que emplean sus fuerzas y afirman su esencia. Pero al mismo tiempo este proceso, junto con sus resultados, es ajeno a ellos mismos, y se les presenta con todo su derroche de fuerza de trabajo y vida humana, con sus situaciones de guerra y con toda su miseria absurda, como una inalterable violencia de la naturaleza, como un destino sobrehumano. La filosofía teórica de Kant, su análisis del conocimiento, contiene esta contradicción. El problema no resuelto de la relación entre actividad y pasividad, *a priori* y datos sensibles, filosofía y psicología, no es por tanto una limitación subjetiva, sino una insuficiencia objetivamente necesaria. Hegel puso de manifiesto y desarrolló estas contradicciones, pero al final las reconcilió en una esfera espiritual más elevada. De la confusión frente al sujeto universal, que Kant afirma y sin embargo no es capaz de caracterizar correctamente, se libera Hegel poniendo el espíritu absoluto como lo máximamente real. Para él lo universal se ha desarrollado ya adecuadamente y es idéntico con lo que se consume. La razón ya no necesita ser meramente crítica frente a sí misma; con Hegel se ha tornado afirmativa, antes aun de que la realidad se pueda afirmar como racional. Pero a la vista de las contradicciones reales de la existencia humana que permanecen sin resolver, a la vista de la impotencia de los individuos frente a las condiciones producidas por ellos mismos, esta solución parece una afirmación privada, como el acuerdo de paz personal del filósofo con un mundo inhumano.

La clasificación de los hechos en sistemas conceptuales previamente dispuestos y su revisión mediante la simplificación o la depuración de contradicciones es, como se ha dicho, una parte de la praxis social general. Dada la división de la sociedad en grupos y clases, se comprende que las construcciones teóricas mantengan una relación diferente con dicha praxis general en función de su pertenencia a uno u otro grupo. Cuando se formó la clase burguesa en la sociedad feudal, la teoría puramente científica que surgió con ella mostraba una tendencia sumamente disolvente y agresiva contra aquella época, contra la vieja forma de la praxis. En el liberalismo la teoría científica caracterizó el tipo humano dominante. Hoy el desarrollo está mucho menos¹⁶ determinado por los 23 -

16. «Mucho menos» / 1937: «ya no tanto».

individuos medios, quienes en su mutua competencia se ven impedidos a mejorar el aparato material de producción y sus productos, que por los antagonismos nacionales e internacionales de las camarillas de los dirigentes en los diversos niveles de las jerarquías de poder de la economía y del Estado. Dado que el pensamiento teórico no apunta a fines concretos relacionados con estas luchas, ante todo la guerra y su industria, el interés que despierta ha ido disminuyendo. Se emplean menos energías en formar y desarrollar la capacidad de pensamiento independientemente de su aplicación.

Pero estas diferencias, a las que se podrían añadir muchas otras, no cambian en nada el hecho de que la teoría en su forma tradicional (esto es, como el juzgar lo dado mediante un aparato conceptual y judicial heredado, activo incluso en la conciencia más simple, así como la interacción que tiene lugar entre los hechos y las formas teóricas sobre la base de las tareas profesionales cotidianas) ejerce una función social positiva. En esta actividad intelectual intervienen las necesidades y los fines, las experiencias y las habilidades, las costumbres y las tendencias de la forma actual de la existencia humana. Como instrumento material de producción, sus posibilidades representan un elemento no sólo de la totalidad cultural del presente, sino también de otra más justa, diferenciada y armónica. Mientras el pensamiento teórico no se adapte a intereses externos, extraños al objeto, sino que permanezca realmente en los problemas tal como éstos le asaltan en el curso de su desarrollo y, en relación con ello, formule nuevos problemas y reformule viejos conceptos allí donde parezca necesario hacerlo, este pensamiento tiene derecho a considerar los rendimientos de la técnica y la industria de la era burguesa como su legitimación, y puede estar seguro de sí mismo. Por supuesto, se concibe a sí mismo como pensamiento hipotético, y no como pensamiento cierto. Pero este carácter hipotético se compensa de varias maneras. La inseguridad no es mayor de lo que debe ser en razón de los medios técnicos e intelectuales disponibles, cuya utilidad ha sido probada en general, y la formulación de las hipótesis, incluso si su verosimilitud es escasa, es una actividad socialmente valiosa y necesaria, que en ningún caso es, ella misma, hipotética. La formación de hipótesis, la actividad teórica por antonomasia, es un trabajo para el que existe, en las condiciones sociales dadas, una posibilidad funda-

mental de utilización, es decir, una demanda. Cuando se paga por debajo de su valor, o incluso si se devalúa por completo, simplemente comparte el destino de otros trabajos concretos y posiblemente más útiles que naufragan en esta economía. Sin embargo, tales trabajos presuponen esta economía y pertenecen al conjunto del proceso económico tal como se realiza en determinadas condiciones históricas. Esto no tiene nada que ver con la cuestión de si los esfuerzos de la ciencia son productivos en sentido estricto. Para una inmensa cantidad de los denominados productos científicos hay demanda en este orden de cosas. Son remunerados de los más diversos modos; una parte de los bienes que proceden del trabajo realmente productivo se intercambia por productos científicos, sin que se ponga en cuestión en lo más mínimo la productividad de éstos. También la actividad inútil de ciertas parcelas del trabajo universitario, así como la profundidad que no dice nada o la construcción de ideologías metafísicas y no metafísicas, tienen tanta relevancia social como otras necesidades surgidas de los conflictos sociales, sin corresponder realmente en la época presente a los intereses de ningún grupo social mayoritario digno de mención. Una actividad que contribuye a perpetuar la existencia de la sociedad en su forma dada no necesita en absoluto ser productiva, es decir, producir valor para una empresa. Pese a todo puede pertenecer a este orden y contribuir a hacerlo posible, como realmente sucede en el caso de las ciencias especializadas.

Ahora bien, existe una actitud¹⁷ (*Verhalten*) humana que tiene por objeto la sociedad misma. No apunta tan sólo a subsanar unas cuantas situaciones deficitarias, sino que éstas le parecen más bien necesariamente ligadas a la organización total del edificio social. Aunque esta actividad surge de la estructura social, ni su propósito consciente ni su significado objetivo apuntan a que algo en esta estructura funcione mejor. Las categorías de lo mejor, lo útil, lo conforme a fines, lo productivo, lo valioso, que tienen validez en este orden, le resultan más bien sospechosas, y en modo alguno considera que sean presupuestos extracientíficos sobre los que no

17. Esta actitud será caracterizada en lo sucesivo como actitud «crítica». El término se entiende aquí no tanto en el sentido de la crítica idealista de la razón pura cuanto en el de la crítica dialéctica de la economía política. Designa una propiedad esencial de la teoría dialéctica de la sociedad. 24-

tenga nada que decir. Mientras que generalmente corresponde al individuo aceptar las determinaciones fundamentales de su existencia como algo dado y aspirar a cumplirlas, mientras que el individuo encuentra su satisfacción y su honor en resolver en la medida de sus fuerzas las tareas ligadas a su puesto en la sociedad y en hacer eficazmente lo suyo, pese a la crítica, todo lo enérgica que se quiera, que pueda surgir en cuestiones de detalle, la actitud crítica, por el contrario, carece de toda confianza hacia las pautas que la vida social, tal cual es, le da a cada uno. La separación de individuo y sociedad, en virtud de la cual el individuo acepta como naturales los límites de su actividad que han sido trazados de antemano, se relativiza en la teoría crítica. Ésta concibe el marco condicionado por la interacción ciega de las actividades individuales, es decir, la división del trabajo dada y las diferencias de clase, como una función que, al surgir de la actividad humana, puede también someterse a la decisión planificada y a la elección racional de fines.

El carácter escindido de la totalidad social en su forma actual se desarrolla en los sujetos de la actitud crítica hasta convertirse en una contradicción consciente. Reconociendo el sistema económico actual y la totalidad de la cultura fundada en él como un producto del trabajo humano, como la organización que la humanidad se ha dado y de la que es capaz en esta época, los sujetos de la actitud crítica se identifican con esta totalidad y la conciben como voluntad y razón; es su propio mundo. Pero al mismo tiempo experimentan que la sociedad se puede comparar con procesos naturales no humanos, con meros mecanismos, porque las formas culturales que se basan en la lucha y la opresión no testimonian una voluntad unitaria y autoconsciente; este mundo no es el suyo, sino el del capital. En rigor, la historia no se puede comprender; en ella sólo son comprensibles los individuos y los grupos individuales, y tampoco completamente, ya que en virtud de su interna dependencia de una sociedad inhumana, son incluso en su obrar consciente en buena medida funciones mecánicas. Por eso aquella identificación es contradictoria, es una contradicción que caracteriza a todos los conceptos del pensamiento crítico. De este modo, para el pensamiento crítico las categorías económicas de trabajo, valor y productividad significan exactamente lo que significan en este or-

den de cosas, y se considera cualquier otra interpretación como mal idealismo. Al mismo tiempo aparece como la más burda falsedad aceptar sin más su validez: el reconocimiento crítico de las categorías que dominan la vida social contiene al mismo tiempo su sentencia condenatoria. Este carácter dialéctico de la autointerpretación¹⁸ del hombre actual condiciona en último término también la oscuridad de la crítica kantiana de la razón. La razón no puede hacerse transparente a sí misma mientras los hombres actúan como miembros de un organismo irracional. El organismo como unidad que crece y perece naturalmente no es un modelo para la sociedad, sino una forma enmohecida de existencia de la que se ha de emancipar. Una actividad que, orientada hacia esa emancipación, tiene por objetivo la transformación de la totalidad se puede servir del trabajo teórico, tal como tiene lugar dentro de los órdenes de la realidad existente. Pero prescinde del carácter pragmático que resulta del pensamiento tradicional entendido como una profesión socialmente útil.

Al pensamiento tradicional le son externos, tal como se ha expuesto, tanto el origen de los estados de cosas determinados como la utilización práctica de los sistemas conceptuales en los que aquéllos se recogen. Esta alienación, que en terminología filosófica se expresa como la separación entre valor e investigación, saber y actuar, y otras oposiciones, protege al científico de las contradicciones señaladas y dota a su trabajo de un marco fijo. Un pensamiento que no reconoce este marco parece haber perdido toda base sobre la que asentarse. Un proceder teórico que no se identificase con la determinación de los hechos partiendo de los sistemas conceptuales más sencillos y diferenciados posibles, ¿podría representar otra cosa que un juego intelectual desorientado, a caballo entre la poesía conceptual y la expresión impotente de estados de ánimo? La investigación del condicionamiento social tanto de los hechos como de las teorías tal vez entrañe un problema científico, e incluso constituya todo un campo de trabajo teórico, pero no se ve en qué medida los estudios de este tipo se deberían diferenciar esencialmente de los esfuerzos de otras especialidades científicas. El estudio de las ideologías o la sociología del saber, que se han ex- 25-

18. «Autointerpretación» / 1937: «autocomprensión».

traído de la teoría crítica de la sociedad y establecido como disciplinas particulares, no se oponen ni por su esencia ni por sus ambiciones al ejercicio usual de las ciencias clasificadoras. La auto-comprensión del pensamiento se reduce en estas disciplinas a poner de manifiesto las relaciones entre las posiciones espirituales y las posiciones sociales. La estructura de la actitud crítica, cuyos objetivos van más allá de la praxis social dominante, no está, ciertamente, más emparentada con estas disciplinas sociales que con la ciencia natural. Su oposición al concepto tradicional de teoría no surge tanto de una diversidad de objetos cuanto de sujetos. Para quienes ejercitan la actitud crítica, los hechos, tal como surgen del trabajo en la sociedad, no son externos en la misma medida en que lo son para el investigador o para los miembros de otras profesiones que piensan como pequeños investigadores. Para éstos se trata de una nueva organización del trabajo. Pero en la medida en que los estados de cosas dados en la percepción se conciben como productos que pertenecen esencialmente al dominio del hombre y que en todo caso deberían quedar bajo control humano en el futuro, tales estados de cosas pierden su carácter de mera facticidad.

Mientras que el experto en una disciplina considera la realidad social y sus productos «en tanto que» científico como algo externo, y «en tanto que» ciudadano defiende sus intereses en dicha realidad social por medio de artículos políticos, la afiliación a partidos o a organizaciones benéficas y la participación en las elecciones, sin reunir estos y otros comportamientos en su propia persona salvo, a lo sumo, mediante una interpretación psicológica, en cambio el pensamiento crítico está motivado hoy en día por el intento de trascender realmente esta tensión, de superar la oposición entre la conciencia de los fines, la espontaneidad y racionalidad de las que el individuo se hace cargo y las relaciones del proceso de trabajo que son el sustrato de la sociedad. El pensamiento crítico contiene un concepto del hombre que entra en conflicto consigo mismo mientras no se produzca esta identidad. Cuando la acción determinada por la razón pertenece al hombre individual, la praxis social dada, que configura la existencia hasta en sus mínimos detalles, es inhumana, y esta inhumanidad revierte sobre todo lo que se realiza en la sociedad. Siempre habrá algo que permanezca

externo a la actividad intelectual y material del hombre: la naturaleza, entendida como el conjunto de factores todavía no dominados con los que la sociedad tiene que habérselas. Pero cuando a ellos se suman, como un pedazo más de naturaleza, las condiciones que dependen únicamente de los propios hombres, las relaciones del trabajo o el curso de su propia historia, esta exterioridad no sólo no es una categoría eterna y suprahistórica (tampoco lo es la mera naturaleza en el sentido aludido), sino que es el signo de una impotencia lamentable. Someterse a ella es contrario al hombre y a la razón.

El pensamiento burgués está constituido de tal modo que en la reflexión¹⁹ sobre su propio sujeto reconoce con necesidad lógica un Ego que se cree autónomo. Es esencialmente abstracto, y su principio es una individualidad tan inflada que se toma a sí misma como fundamento del mundo o incluso como el mundo mismo en general, y clausurada a todo devenir. En oposición inmediata a este punto de vista está la convicción que sirve a la expresión no problematizada de una comunidad ya existente, como por ejemplo la ideología de los pueblos. El Nosotros retórico se toma aquí en serio. El discurso cree ser el órgano de la universalidad. En la desgarrada sociedad del presente este pensamiento es, sobre todo en las cuestiones sociales, armonizante e ilusorio. El pensamiento crítico y su teoría se oponen a ambas formas de pensamiento. No es la función de un individuo aislado ni la de una universalidad de individuos. Antes bien, toma conscientemente como sujeto al individuo determinado en sus relaciones reales con otros individuos y grupos, en su confrontación con una determinada clase, y por último en su entrelazamiento, mediada de este modo, con el todo social y con la naturaleza. Este sujeto no es un punto, como el Yo de la filosofía burguesa. Su exposición consiste en la construcción del presente histórico. Tampoco el sujeto pensante es el lugar en el que coinciden el saber y su objeto, y del que gracias a ello se pudiera obtener un saber absoluto. Esta ilusión, en la que vive el idealismo desde Descartes, es ideología en sentido estricto: la libertad limitada del individuo burgués aparece en la forma de la libertad perfecta y la autonomía. Pero el Yo, ya sea meramente pensante, ya 26-

19. «Reflexión» / 1937: «repliegue».

actúe también de algún otro modo, tampoco está cierto de sí mismo en una sociedad opaca e inconsciente. En el pensamiento que versa sobre el hombre se escinden sujeto y objeto; su identidad aguarda en el futuro y no en el presente. El método que conduce a ella se puede llamar, en lenguaje cartesiano, clarificación, pero para el pensamiento realmente crítico ésta no significa sólo un proceso lógico, sino igualmente un proceso histórico concreto. En el curso de este proceso cambian tanto la estructura social en su totalidad como la relación del teórico con la sociedad en general, es decir, cambian el sujeto y la función del pensamiento. La aceptación de la inmutabilidad de las condiciones del sujeto, la teoría y el objeto distingue la concepción cartesiana de esta forma de lógica dialéctica.

Pero ¿cómo se relaciona el pensamiento crítico con la experiencia? Se dirá: «Si no debe limitarse a clasificar, sino también extraer de sí mismo los fines trascendentes a la tarea de clasificar y la dirección de ésta, entonces permanece siempre aislado en sí mismo, como en la filosofía idealista. Si no huye hacia fantasías utópicas, se hundirá en espejismos formalistas. El intento de establecer legítimamente fines prácticos mediante el pensamiento debe fracasar siempre. Si el pensamiento no se conforma con la función que se le asigna en la sociedad existente, si no practica la teoría en sentido tradicional, retrocede necesariamente a ilusiones superadas hace tiempo». Esta reflexión comete el error de entender el pensamiento en el modo de la disociación y la especialización (un modo, pues, espiritualista), tal como se realiza en las condiciones actuales de la división del trabajo. En la realidad social la actividad de representación nunca permanece aislada en sí misma, sino que desde siempre ha funcionado como un momento no independiente del proceso del trabajo, que tiene sus propias tendencias. Dicho proceso mantiene, acrecienta y desarrolla la vida humana mediante el movimiento antagónico de épocas y fuerzas de avance y retroceso. En las formas históricas de existencia de la sociedad, la abundancia de los bienes de consumo producidos en cada nivel alcanzado redundaba inmediatamente en beneficio de un pequeño grupo de hombres, y esta constitución de la vida aparecía también en el pensamiento, dejando su impronta en la filosofía y la religión. Sin embargo, desde el princi-

pio latía en las profundidades la aspiración a extender su disfrute a la mayoría; en todas las configuraciones finalísticas materiales de la organización social clasista, cada una de sus formas ha terminado mostrándose inadecuada. Los esclavos, los siervos y los burgueses se han sacudido el yugo. Esta aspiración también ha cobrado forma en las configuraciones culturales. Ahora bien, como en la historia moderna se exige de cada individuo que haga suyos los fines de la totalidad y los reconozca totalmente, existe la posibilidad de que la dirección que sigue el proceso social del trabajo sin una teoría determinada y como resultado de fuerzas dispares, proceso en cuyos puntos de inflexión era a veces decisiva la desesperación de las masas, sea asumida por la conciencia y convertida en un objetivo. El pensamiento no segrega esto a partir de sí mismo, más bien se percata de su propia función. Los hombres acceden con el curso de la historia al conocimiento de su obrar y conceptualizan con ello la contradicción que hay en su existencia. La economía burguesa dependía de que los individuos, procurando su propia felicidad, mantuviesen la vida de la sociedad. Pero en esta estructura se aloja una dinámica en virtud de la cual se produce finalmente una fantástica acumulación de poder en un lado, y una impotencia material e intelectual en el otro lado, en proporciones que recuerdan a las antiguas dinastías asiáticas. La fecundidad original de esta organización del proceso vital se transforma en infecundidad y entorpecimiento. Los hombres renuevan mediante su propio trabajo una realidad que los esclaviza cada vez más.²⁰

No obstante existe una diferencia entre la teoría tradicional y la teoría crítica respecto de la función de la experiencia. Los puntos de vista que la teoría crítica extrae del análisis histórico como fines de la actividad humana, ante todo la idea de una organización social racional y que corresponda a la universalidad, son inmanentes al trabajo humano, aunque no estén presentes adecuadamente en la conciencia de los individuos o en la opinión pública. Hace falta un determinado interés²¹ para percibir y conocer estas tendencias. La

20. «Cada vez más» / 1937: «cada vez más y los amenaza con todo tipo de miserias. La conciencia de esta oposición no procede de la fantasía, sino de la experiencia».

21. «Un determinado interés» / 1937: «una determinada dirección del interés».

enseñanza de Marx y Engels es que entre el proletariado²² este interés se produce necesariamente. A causa de su situación en la sociedad moderna, el proletariado percibe la conexión entre un trabajo que proporciona a los hombres medios cada vez más poderosos para su lucha contra la naturaleza, y la renovación permanente de una organización social envejecida.²³ El desempleo, las crisis económicas, la militarización, los gobiernos terroristas y la situación general de las masas no se fundan²⁴ en las escasas posibilidades técnicas, como podía ser el caso en épocas anteriores, sino en las relaciones sociales en que tiene lugar la producción, inadecuadas al presente. La aplicación de la totalidad de los medios espirituales y físicos de dominación de la naturaleza se ve impedida por el hecho de que tales medios quedan, en las relaciones dominantes, en manos de intereses particulares opuestos entre sí. La producción no se orienta hacia la vida de lo universal a la vez que cuida de las aspiraciones de los individuos, sino que se orienta hacia las pretensiones de poder de los individuos y cuida también, si no hay otro remedio, la vida de lo universal. Esta situación es el resultado forzoso, dadas las actuales relaciones de propiedad, del principio progresista de que basta con que los individuos cuiden de sí mismos.

Pero tampoco la situación del proletariado ofrece en esta sociedad garantías de proporcionar un conocimiento correcto. Por más que el proletariado experimente en sí mismo el sinsentido como perpetuación e incremento de la miseria y la injusticia, sin embargo la diferenciación de su estructura social, promovida desde arriba, y el conflicto entre intereses personales y de clase, sólo superado excepcionalmente, impiden que esta conciencia se haga valer inmediatamente. En la superficie, el mundo parece ser de otro modo, también para el proletariado. Una posición que no fuese capaz de confrontar al proletariado con sus verdaderos intereses, y por tanto los de la sociedad en general, sino que se orientase por los pensamientos y opiniones de las masas, recaería en la servidumbre de lo existente. El intelectual que se limita a expresar con

22. «El proletariado»: «el proletariado, la clase inmediatamente productiva».

23. «Una organización social envejecida» / 1937: «una organización social envejecida que lo vuelve cada vez más miserable e impotente».

24. «No se fundan» / 1937: «no se fundan, como experimentan los productores en todo momento».

un gesto de veneración la fuerza creadora del proletariado y que se satisface en adaptarse a él y en mostrar su imagen idealizada, pasa por alto que cada vez que prescinde del esfuerzo teórico, el cual se ahorra gracias a la pasividad de su pensamiento, y cada vez que elude un enfrentamiento con las masas al que circunstancialmente pudiera conducirle un pensamiento propio, hace a estas masas más ciegas y más débiles de lo que debieran ser. Su propio pensamiento pertenece a ellas como un elemento crítico y situado en la vanguardia de su desarrollo. El hecho de someterse a la situación psicológica de la clase que encarna la fuerza de transformación proporciona al intelectual un optimismo profesional, el confortable sentimiento de hallarse vinculado a un inmenso poder. Si este optimismo se tambalea en los períodos de las derrotas más duras, el intelectual se expone al riesgo de caer en un pesimismo social y un nihilismo tan profundos como exagerado era su optimismo. No soporta que precisamente el pensamiento más actual, más prometedor y que más profundamente abarca la situación histórica traiga consigo en determinados períodos el aislamiento de sus representantes y la exigencia de apoyarse sólo en uno mismo.²⁵

Si la teoría crítica consistiese esencialmente en formular los sentimientos y representaciones correspondientes de una clase, no mostraría diferencia estructural alguna frente a las ciencias especializadas. Se trataría aquí de psicología social, de la descripción de contenidos psíquicos que fuesen típicos de determinados grupos sociales. La relación entre ser y conciencia es diferente en las diferentes clases de la sociedad. Si se las toma en serio y se las piensa hasta el final realmente como principios de la sociedad, las ideas mediante las que la burguesía explica su propio orden (el intercambio justo, la libre competencia, la armonía de intereses, etc.) muestran su contradicción interna y con ello su oposición a este mismo orden. La mera descripción de la autoconciencia burguesa no expresa, pues, la verdad acerca de esta clase. Tampoco la sistematización de los contenidos de conciencia del proletariado podría ofrecer una imagen verdadera de su existencia y de sus intereses. Sería una teoría tradicional con problemas particulares, y no la faceta inte-

25. «Uno mismo» / 1937: «uno mismo. Han olvidado la relación entre revolución e independencia».

lectual del proceso histórico de su emancipación. Esto es cierto incluso aunque queramos limitarnos a registrar y expresar las representaciones no ya del proletariado en general, sino de un sector avanzado como pudieran ser un partido o sus dirigentes. El registro y clasificación de hechos en el aparato conceptual más adecuado posible constituiría también en este caso la verdadera tarea, y la previsión de datos psicosociales futuros resultaría ser el fin último del teórico. Seguirían siendo cosas diferentes el pensamiento, la construcción de la teoría, y su objeto, el proletariado. Pero si el teórico y su actividad específica se consideran como una unidad dinámica con la clase dominada, de tal modo que la exposición de las contradicciones sociales aparece no sólo como una expresión de la situación histórica concreta sino igualmente como un factor estimulante y transformador, entonces su función queda puesta de manifiesto. El curso de la confrontación entre los sectores avanzados de una clase y los individuos que expresan la verdad acerca de ellos, así como la confrontación entre dichos sectores avanzados, incluyendo a los teóricos, y el resto de la clase, se debe entender como un proceso de interacción en el que la conciencia se desarrolla junto con sus fuerzas liberadoras, así como también se desarrollan sus fuerzas propulsoras, disciplinarias y agresivas.²⁶ La lucidez de la conciencia de clase se muestra en la posibilidad siempre abierta de una tensión entre el teórico y la clase a la que se dirige su pensamiento. La unidad de las fuerzas sociales de las que se espera la liberación es al mismo tiempo su diferencia (en el sentido de Hegel), existe sólo como un conflicto que amenaza permanentemente a los sujetos implicados en él. En la persona del teórico se manifiesta esto con toda claridad: su crítica es agresiva no sólo contra quienes hacen conscientemente apología de lo existente, sino igualmente contra las tendencias desviadas, conformistas o utópicas que surgen en sus propias filas.

La figura tradicional de la teoría, una de cuyas facetas abarca la lógica formal, es un momento del proceso de producción en su forma actual, caracterizado por la división del trabajo. Puesto que la sociedad tendrá que enfrentarse a la naturaleza también en épocas futuras, esta técnica intelectual no se tornará irrelevante, sino

que, por el contrario, se desarrollará tanto como sea posible. En cambio, la teoría como momento de una praxis que apunta a nuevas formas sociales no es un engranaje de un mecanismo en marcha. Aunque las victorias y las derrotas muestran una vaga analogía con la corroboración o el fracaso de las hipótesis científicas, el teórico crítico no tiene la tranquilidad de saber que éstas pertenecen a su disciplina. No se puede entonar a sí mismo el canto de alabanza que Poincaré entonó en honor del enriquecimiento que proporcionan las hipótesis que ha sido necesario rechazar.²⁷ La profesión del teórico crítico es la lucha, a la que pertenece su pensamiento, y no el pensamiento como algo independiente o que se pueda separar de la lucha. Es cierto que en su actividad intervienen muchos elementos teóricos en el sentido usual del término (tales como el conocimiento y el pronóstico de hechos relativamente aislados, la formulación de juicios científicos, el planteamiento de problemas, etc.), que difieren de los elementos de la teoría tradicional a causa de los intereses específicos del teórico crítico, pero que presentan la misma forma lógica. Lo que la teoría tradicional puede admitir sin más como existente (su función positiva en una sociedad en marcha; su relación, por supuesto mediata y opaca, con la satisfacción de necesidades generales; su participación en el proceso vital de la totalidad, constantemente renovado); todas estas exigencias, por las que la propia ciencia no se suele preocupar, puesto que se confirman y recompensan a través de la posición social del científico, quedan puestas en cuestión por el pensamiento crítico. El objetivo que este pensamiento aspira a alcanzar, la situación racional, se fundamenta en la penuria del presente. Pero con esta penuria no está dada todavía la imagen de su eliminación. La teoría que desarrolla dicha imagen no trabaja al servicio de la realidad ya existente; se limita a pronunciar su secreto. No importa la precisión con la que en todo momento se pongan de manifiesto los falseamientos y las confusiones, no importa que ningún error quede impune: la tendencia general de tal empresa, la actividad teórica misma, aunque parezca prometedor, no tiene de su parte la costumbre ni la sanción del sano entendimiento común. Por el contrario, las teorías que se acreditan (o no logran accredi-

26. «Agresivas» / 1937: «violentas».

27. Véase H. Poincaré, *op. cit.*, pág. 152.

tarse) en la construcción de máquinas, en las organizaciones militares o en exitosas piezas cinematográficas, e incluso cuando se practican con independencia de sus aplicaciones, como sucede con la física teórica, culminan en alguna forma claramente reconocible de consumo, que puede consistir simplemente en la alegría que provoca el virtuosismo en el manejo de signos matemáticos, mediante cuya compensación crematística pone de manifiesto la buena sociedad su sensibilidad hacia las cosas humanas.

En cambio, no hay ejemplos de cómo se habrá de consumir el futuro del que se ocupa el pensamiento crítico. Pese a todo, la idea de una sociedad futura como comunidad de hombres libres, tal como la hacen posible los medios técnicos de que disponemos, tiene un significado en el que debemos depositar nuestra confianza independientemente de todo cambio. Por ser la comprensión de que el desgarramiento y la irracionalidad se pueden eliminar, y de cómo es posible hacerlo, esta idea se reproduce permanentemente bajo las condiciones dominantes. Pero la realidad que esta idea juzga, las tendencias que pugnan por una sociedad racional, no se realizan más allá del pensamiento, mediante fuerzas externas a él, en cuyo producto el pensamiento fuese más tarde capaz de reconocerse como por casualidad, sino que el mismo sujeto que quiere abrir paso a esos hechos, a una realidad mejor, es también quien los concibe. La enigmática coincidencia entre pensamiento y ser, entre entendimiento y sensibilidad, entre las necesidades humanas y su satisfacción en la caótica economía de nuestro tiempo, coincidencia que en la época burguesa aparece como resultado del azar, se debe convertir, en el futuro, en la relación entre propósitos racionales y su realización. La lucha por el futuro ofrece un reflejo distorsionado de esta relación,²⁸ pues una voluntad referida a la configuración de la sociedad en su totalidad actúa conscientemente ya en la construcción de la teoría y la praxis que debe conducir a ella. En la organización y la comunidad de los luchadores se manifiesta algo de la libertad y la espontaneidad del futuro, a pesar de toda la disciplina fundada en la necesidad de triunfar. Allí donde la unidad de disciplina y espontaneidad desaparece, el movimiento se transforma en un asunto de su propia

28. «Esta relación» / 1937: «la coincidencia».

burocracia, en un espectáculo que pertenece ya al repertorio de la historia moderna.

Pero no es ninguna confirmación el hecho de que el futuro al que se aspira aliente ya en el presente. Los sistemas conceptuales del entendimiento ordenador, las categorías en las que lo inanimado y lo vivo, los fenómenos sociales, psicológicos y físicos son aprehendidos en común, la distribución de objetos y juicios en los diversos ámbitos particulares del saber, todo ello constituye el aparato conceptual que ha ido puliéndose y demostrando su eficacia en su relación con el proceso real del trabajo. Este mundo de conceptos constituye la conciencia universal, posee un fundamento al que pueden apelar sus defensores. También los intereses del pensamiento crítico son universales, pero no están universalmente reconocidos. Los conceptos que surgen bajo su influjo critican el presente. Las categorías marxianas de clase,²⁹ explotación, plusvalor, beneficio, depauperización o hundimiento son momentos de una³⁰ totalidad conceptual cuyo sentido no se debe buscar en la reproducción de la sociedad actual, sino en su transformación en la dirección de la justicia.³¹ Por esta razón, y aunque la teoría crítica nunca procede arbitraria o azarosamente, el pensamiento dominante la considera subjetiva y especulativa, unilateral e inútil. Al enfrentarse a los usos de pensamiento dominantes que contribuyen a mantener el pasado y cuidan de los asuntos de un orden anticuado, al enfrentarse a los garantes de un mundo partidista, la teoría crítica causa la impresión de ser partidista e injusta ella misma.

Pero, ante todo, carece de rendimientos materiales que pueda exhibir. La transformación que la teoría crítica pretende realizar no se impone paulatinamente, de tal modo que su éxito, aunque lento, fuese no obstante continuo. El crecimiento del número de sus partidarios más o menos declarados, la influencia de algunos de ellos en los gobiernos, la autoridad de ciertos partidos políticos que están en buenas relaciones con la teoría, o que al menos no la proscriben, todo ello forma parte de las vicisitudes de la lucha por un nivel más elevado de convivencia humana, pero no es todavía

29. «Las categorías marxianas de clase» / 1937: «Clase».

30. «De una» / 1937: «de la».

31. «En su transformación en la dirección de la justicia» / 1937: «en su transformación».

el comienzo de ese nivel. Tales éxitos se pueden revelar posteriormente incluso como victorias meramente aparentes o como errores. Un procedimiento de fertilización en agricultura o la aplicación de una terapia médica pueden estar muy lejos de su eficacia ideal, y no obstante proporcionar algún rendimiento. Tal vez las teorías que subyacen a tales ensayos técnicos deben ser afinadas, revisadas o desechadas en relación con la praxis especial o con descubrimientos en otros ámbitos, de manera que se pueda ahorrar una cierta cantidad de trabajo necesario para obtener el producto, o que algunas enfermedades se puedan curar o mitigar.³² Por el contrario, la teoría que aspira a la transformación de la totalidad social tiene como consecuencia inmediata el recrudecimiento de la lucha a la que está vinculada. Además, aunque las mejoras materiales debidas al fortalecimiento de la resistencia de determinados grupos se puedan remontar indirectamente a la teoría, éstos no son sectores de la sociedad de cuya expansión constante pueda surgir la nueva sociedad. Tales concepciones malentienden la diferencia fundamental que existe entre una totalidad social desgarrada, en la que el poder material e ideológico funciona en favor del mantenimiento de los privilegios, y una asociación de hombres libres en la que todos tienen las mismas posibilidades de desarrollarse. Esta idea se diferencia de la utopía abstracta³³ mediante la demostración de su posibilidad real a la vista del estado actual de las fuerzas productivas humanas. Pero, sólo cuando la idea se ha realizado, se puede decidir el número de tendencias que conducen a ella, las transiciones que se han alcanzado, o lo deseables y valiosos en sí mismos que sean los estadios previos tomados aisladamente (su significado histórico en relación con la idea). Este pensamiento tiene en común con la fantasía el que una imagen del futuro surgida, claro está, de la más profunda comprensión del presente determina ciertos pensamientos y acciones también en aquellos períodos en los que el curso de las cosas parece desviarse de dicha imagen y dar razones a favor de cualquier doctrina antes que a favor de la creencia en su cumplimiento. A este pensamiento no

pertenece el elemento arbitrario y supuestamente independiente que caracteriza a la fantasía, sino la obstinación propia de ésta. En el seno de los grupos más avanzados, el teórico es quien debe implantar esta obstinación.³⁴ Tampoco en estas relaciones reina la armonía. Mientras el teórico de la clase dominante, tal vez al cabo de trabajosos comienzos, alcanza una posición relativamente segura, en las filas contrarias el teórico equivale a veces al enemigo y al traidor y otras veces al utopista ajeno al mundo, y la disputa acerca de ello ni siquiera se resuelve definitivamente después de su muerte. El significado histórico de su producción intelectual no habla por sí mismo; depende, más bien, de que los hombres hablen y actúen por ella. No pertenece a una figura histórica ya terminada.

La capacidad para realizar actos de pensamiento tales como se requieren en la vida social y en la ciencia ha sido desarrollada en los hombres por medio de una secular educación realista. Cualquier desviación conduce aquí al dolor, al fracaso y a la penalización. Esta actitud intelectual consiste esencialmente en que se conocen y, en ciertas circunstancias, se disponen de forma autónoma las condiciones para la aparición de un efecto que siempre aparece bajo los mismos supuestos. Hay una educación de la intuición a través de las experiencias³⁵ buenas y malas, y del experimento organizado. Se trata aquí de la autoconservación individual inmediata, y los hombres de la sociedad burguesa han tenido ocasión de desarrollar la capacidad de tal autoconservación. El conocimiento en este sentido tradicional, incluyendo todo tipo de experiencias, está contenido en la teoría y la praxis críticas. Pero falta la percepción concreta correspondiente a la transformación esencial a la que ambas aspiran, mientras dicha transformación no se haga realidad. Si bien la prueba del pastel es comerlo, aquí, en todo caso, aún no lo tenemos delante. La comparación con acontecimientos históricos semejantes sólo se puede aplicar de forma muy restringida. De ahí que el pensamiento constructivo desempeñe en la totalidad de esta teoría una función más significativa frente a la experiencia que en la vida del sano entendimiento co-

32. Algo similar sucede con la economía y las técnicas financieras y su aprovechamiento en política económica.

33. «Utopía abstracta» / 1937: «utopía».

34. «Obstinación.» / 1937: «obstinación, y en el seno de las clases dominadas en general, son esos grupos avanzados los que, con su actividad, deben hacerlo».

35. «Experiencias» / 1937: «experiencias propias».

mún. He aquí una de las razones por las que ciertas personas que son capaces de obtener rendimientos de forma extremadamente eficaz en las disciplinas científicas particulares u otras ramas profesionales se muestran limitadas e incapaces, a pesar de toda su buena voluntad, en las cuestiones que conciernen a la totalidad social. En cambio, la gente que piensa «demasiado» fue considerada peligrosa en todas las épocas en las que las transformaciones sociales estuvieron a la orden del día. Este hecho conduce al problema de la relación de la *intelligentsia* (*Intelligenz*) con la sociedad en general.

El teórico cuya ocupación³⁶ consiste en acelerar un proceso que debe conducir a la sociedad sin injusticia se puede encontrar, como se ha dicho, en conflicto con opiniones que predominan, precisamente, en el proletariado.³⁷ Sin la posibilidad de este conflicto no haría falta la teoría; ésta recaería inmediatamente en quienes la necesitan. El conflicto no tiene que ver necesariamente con la situación individual de clase del teórico; no depende de la forma de sus³⁸ ingresos. Engels era un *businessman*. En sociología, que no extrae su concepto de las clases de la crítica de la economía sino de sus propias observaciones, no es la fuente de ingresos del teórico ni el contenido fáctico de su teoría lo que decide acerca de su posición social, sino el elemento formal de su formación cultural. La posibilidad de una perspectiva amplia, no la de los magnates industriales que conocen el mercado mundial y dirigen estados enteros entre bastidores, sino la de los profesores universitarios y los funcionarios medios, los médicos, los abogados, etc., debe conformar la *intelligentsia*, esto es, un estrato social especial, o incluso suprasocial. Aunque es tarea del teórico crítico reducir la tensión entre sus puntos de vista y la humanidad oprimida a la que dedica su pensamiento, la independencia respecto de las clases se convierte, en aquel concepto sociológico, en la característica esencial de la *intelligentsia*, en una especie de privilegio de la que ésta se enorgullece.³⁹ La neu-

36. «Cuya ocupación» / 1937: «cuya única ocupación».

37. «En el proletariado» / 1937: «entre los explotados».

38. «Sus» / 1937: «los».

39. El autor alude aquí y en el párrafo siguiente a la teoría de sociología del conocimiento de Karl Mannheim acerca de la situación y la forma de pensamiento específicas de la *intelligentsia* en la era burguesa. (N. del ed. alemán)

tralidad de esta categoría corresponde a la autocomprensión abstracta del científico. Esta sociología resume teóricamente el modo en que el saber se manifiesta en el consumo burgués del liberalismo: como un conocimiento utilizable en ciertas circunstancias, sin importar sobre qué verse dicho conocimiento. Marx y Mises, Lenin y Liefmann, Jaurès y Jevons, pertenecen a una misma categoría sociológica, si no se deja de lado a los políticos y, en el papel de posibles discípulos, se los contraponen a los politólogos, sociólogos y filósofos, considerados como los que saben. De éstos deben aprender los políticos a aplicar «tales o cuales medios», si adoptan «tal o cual posición»; deben aprender si su posicionamiento práctico se puede defender en general «con coherencia interna».⁴⁰ Se establece una división del trabajo entre los hombres que influyen sobre el curso de la historia en las luchas sociales y el analista sociológico que les asigna su lugar.

La teoría crítica contradice el concepto formal de espíritu que subyace a esta concepción de la *intelligentsia*. Para la teoría crítica existe sólo una verdad, y no se puede atribuir en el mismo sentido a cualquier otra teoría y praxis los predicados positivos de honradez y consecuencia interna, racionalidad, y aspiración a la paz, la libertad y la felicidad. No hay teoría de la sociedad (ni siquiera la de los sociólogos inductivistas) que no contenga intereses políticos, cuya verdad se debe determinar en la actividad histórica concreta, en lugar de hacerlo en una reflexión aparentemente neutral que, por su parte, no piensa ni actúa. Es completamente desconcertante que el intelectual se presente diciendo que se necesita un trabajo conceptual difícil, y que sólo él puede llevar a cabo, para escoger entre los objetivos y los métodos revolucionarios, liberales o fascistas. Desde hace décadas, la situación ya no es ésa. La vanguardia necesita la astucia en la lucha política, y no el adoctrinamiento académico acerca de su posición. En un momento en el que las propias fuerzas liberadoras de Europa están desorientadas y se intentan reagrupar de nuevo, en el que todo depende de matices en el seno de su propio movimiento, en el que la indiferencia (surgida de la derrota, la desesperación y la

40. Max Weber, «Wissenschaft als Beruf», en *Gesammelte Aufsätze zur Wissenschaftslehre*, Tubinga, 1922, págs. 549 y sigs. (trad. cast.: *La ciencia como profesión*, Madrid, Espasa-Calpe, 1992).

burocracia corrupta) hacia el contenido determinado amenaza con aniquilar toda espontaneidad, toda experiencia y todo conocimiento de las masas, pese al heroísmo de ciertos individuos, la concepción imparcial, y por tanto abstracta, de la *intelligentsia* supone una comprensión de los problemas que simplemente oculta las cuestiones decisivas. El espíritu es liberal. No soporta la coacción externa, la adaptación de sus resultados a la voluntad de ningún poder. Pero no se halla disociado de la vida de la sociedad, no flota por encima de ella. Por cuanto su objetivo es la autonomía, el dominio de los hombres sobre su propia vida y sobre la naturaleza, es capaz de reconocer esta tendencia como una fuerza efectiva en la historia. La constatación de esta tendencia parece neutral si se la considera aisladamente; pero como el espíritu no es capaz de reconocerla si carece de intereses, tampoco es capaz de convertirla en la conciencia general sin una lucha real. En este sentido, el espíritu no es liberal. Los esfuerzos intelectuales que carecen de una relación consciente con una praxis determinada y se ponen en marcha aquí o allá, haciendo ahora de esto su objeto, y luego aquello otro, en función de las cambiantes tareas académicas o de cualquier otro tipo cuyo fomento promete el éxito, pueden prestar servicios útiles a una u otra tendencia histórica, pero también pueden, siendo formalmente correctos (¡qué construcción teórica profundamente equivocada no sería finalmente capaz de cumplir la exigencia de corrección formal!), entorpecer y desviar el desarrollo espiritual. El concepto abstracto, fijado como categoría sociológica, de una *intelligentsia* que, además, debería tener funciones de misionera, pertenece por su propia estructura a la hipostación de las ciencias especializadas. La teoría crítica no está «arraigada», como la propaganda totalitaria, ni «flota libremente» como la *intelligentsia* liberal.

De las diferencias entre el pensamiento tradicional y el pensamiento crítico tocantes a su función resultan las diferencias de su estructura lógica. Los principios supremos de la teoría tradicional definen conceptos universales bajo los cuales se deben subsumir todos los hechos del ámbito de objetos de la teoría, como por ejemplo el concepto de proceso físico en física o el de acontecimiento orgánico en biología. En medio hay una jerarquía de géneros y especies entre las que existen por todas partes relaciones correspondientes de subordinación. Los hechos son casos singulares, ejemplares, o la en-

carnación de los géneros. No hay diferencias temporales entre las unidades del sistema. La electricidad no existe antes del campo eléctrico, ni, a la inversa, el campo antes de la electricidad, como tampoco el león en cuanto tal existe antes ni después del león particular. Si bien puede existir en el proceso individual de conocimiento una u otra de estas sucesiones temporales, en cualquier caso tales sucesiones no existen del lado de los objetos. La física ha renunciado a interpretar los rasgos más generales de los hechos como causas ocultas o como fuerzas alojadas en los hechos concretos y a hipostasiar estas relaciones lógicas, y sólo en la sociología domina aún la confusión. Cuando los géneros particulares se añaden al sistema o se adoptan cualesquiera otros cambios, esto no se interpreta usualmente en el sentido de que las definiciones son necesariamente demasiado fijas y se deben revelar inadecuadas, ya que o bien cambia la relación con el objeto, o bien lo hace el objeto mismo, sin perder por ello su identidad. Antes bien, los cambios se consideran como una carencia de nuestro conocimiento anterior o como la sustitución de unos fragmentos particulares del objeto por otros, al modo en que un mapa queda obsoleto porque los bosques son talados, porque aparecen nuevas ciudades o porque surgen nuevas fronteras. De esta manera se concibe también el desarrollo de la vida en la lógica discursiva o lógica del entendimiento. Para esta lógica, que este hombre sea ahora un niño y luego un adulto sólo puede significar que existe un núcleo fijo que permanece igual a sí mismo: «este hombre». A él se adhieren sucesivamente ambas propiedades, la infancia y la madurez. Para el positivismo, nada en absoluto permanece idéntico, sino que primero hay un niño, más tarde un adulto, y ambos son dos complejos diferentes de hechos. Esta lógica es incapaz de recoger el hecho de que un hombre cambie y sin embargo permanezca idéntico a sí mismo.

La teoría crítica de la sociedad comienza igualmente con determinaciones abstractas; por lo pronto trata la época contemporánea con la caracterización de una economía fundada en el intercambio.⁴¹ Los conceptos que aparecen en Marx,⁴² tales como

41. Para la estructura lógica de la crítica de la economía política, véase por ejemplo «Zum Problem der Wahrheit», en Horkheimer, *Gesammelte Schriften*, vol. 3, págs. 311 y sigs., 316 y sigs.

42. «En Marx» / 1937: «en esta economía».

mercancía, valor y dinero, pueden funcionar como conceptos genéricos, por ejemplo cuando se juzgan las relaciones que se dan en la vida social concreta como relaciones de intercambio y se habla del carácter de mercancía de los bienes. Pero la teoría misma no se agota en poner en relación los conceptos con la realidad a través de hipótesis. El comienzo contiene ya el mecanismo en virtud del cual la sociedad burguesa no sucumbió inmediatamente a su principio anárquico, sino que se mantuvo con vida tras la abolición de las regulaciones feudales, del sistema de gremios o de la servidumbre. Se señala el efecto regulador del intercambio sobre el que se basa la economía burguesa. La concepción que aquí entra en juego del proceso entre sociedad y naturaleza, y la idea de una época unitaria de la sociedad, de su autoconservación, etc., surgen ya de un profundo análisis del proceso histórico, un análisis orientado además por el interés por el futuro. La relación de las primeras tramas conceptuales con el mundo de los hechos es esencialmente distinta de la de los géneros y los ejemplares. A causa de su dinámica, la relación de intercambio caracterizada mediante dichas tramas domina la realidad social, del mismo modo que el metabolismo domina en gran medida el organismo vegetal y animal. También en la teoría crítica hay que introducir elementos específicos con el fin de acceder desde esta estructura fundamental a una realidad más diferenciada. Pero esta introducción de determinaciones (piénsese, por ejemplo, en la existencia de cantidades de oro acumuladas, en la difusión en espacios de la sociedad aún precapitalistas,⁴³ en el comercio exterior) no tiene lugar mediante una simple deducción, como sucede en la teoría especializada y cerrada sobre sí misma, como en una cápsula. Sucede más bien que cada paso del razonamiento exige el conocimiento del hombre y la naturaleza que proporcionan las ciencias y la experiencia histórica. Esto se comprende por sí mismo en la teoría de la técnica industrial. Pero también en los desarrollos conceptuales que estamos exponiendo se aplica, en otras direcciones, el conocimiento diferenciado de las formas humanas de reacción. Por ejemplo, el principio de que los estratos más bajos de la sociedad son, en determinadas condiciones, también los que más hijos tienen, cumple una función

43. «Precapitalistas» / 1937: «feudales».

importante en la prueba de cómo la sociedad burguesa basada en el intercambio conduce necesariamente al capitalismo, con su ejército industrial de reserva⁴⁴ y sus crisis. Corresponde a las ciencias tradicionales la tarea de fundar psicológicamente este principio. La teoría crítica de la sociedad comienza, pues, con una idea del intercambio simple de mercancías determinada mediante conceptos relativamente generales; a continuación muestra (presuponiendo la totalidad del saber disponible, la aceptación de la materia de que la teoría se apropia tomándola de investigaciones propias y ajenas) cómo la economía de intercambio, en ciertas condiciones dadas que atañen tanto a los hombres como a las cosas (condiciones que, claro está, cambian también bajo la influencia de dicha economía, sin que se quiebren los propios principios de ésta, que expone la ciencia económica especializada) debe conducir necesariamente a ese recrudecimiento de las contradicciones sociales que en la época⁴⁵ histórica actual conduce a las guerras y a la revolución.

El sentido de la necesidad a la que nos referimos, como también el sentido del carácter abstracto de los conceptos, es al mismo tiempo semejante y diferente de los rasgos correspondientes de la teoría tradicional. En ambos tipos de teoría, el rigor de la deducción se basa en que ésta arroja luz sobre cómo la afirmación que atribuye ciertas determinaciones universales contiene la afirmación de atribución de ciertas relaciones fácticas. Si se trata de un proceso eléctrico, este o aquel acontecimiento deberán tener lugar porque al concepto de electricidad pertenecen estas o aquellas características. Dado que la teoría crítica de la sociedad desarrolla la situación actual partiendo del concepto de intercambio simple, contiene de hecho este tipo de necesidad, sólo que la forma de hipótesis general es relativamente insignificante. La teoría crítica no pone el énfasis en el hecho de que en todas partes donde domina el intercambio simple de mercancías se debe desarrollar el capitalismo, aunque esto sea verdadero, sino que enfatiza la derivación de esta sociedad real, que partiendo de Europa abarca la tierra entera y para la cual se afirma la validez de la teoría, a partir de la relación fundamental del intercambio en general. Mientras que los

34-

44. «Ejército industrial de reserva» / 1937: «ejército de reserva».

45. «Época» / 1937: «situación».

juicios categóricos de las ciencias especializadas presentan en el fondo un carácter hipotético, y los juicios existenciales sólo se toleran (si se toleran en absoluto) en capítulos propios, en las partes descriptivas o prácticas⁴⁶ de la teoría, la teoría crítica de la sociedad es, como totalidad, un único juicio existencial desplegado. Este juicio afirma, formulado toscamente, que la forma fundamental de la economía de mercancías históricamente dada, sobre la que se asienta la historia moderna, contiene en sí misma los antagonismos internos y externos de la época, los reproduce continuamente, cada vez con mayor crudeza, y tras un período de incremento, de despliegue de las fuerzas humanas, de emancipación del individuo; tras la expansión gigantesca del poder humano sobre la naturaleza, finalmente obstaculiza el desarrollo posterior y empuja a la humanidad a una nueva barbarie. Los pasos singulares del razonamiento de esta teoría son, al menos en su intención, tan rigurosos como la deducción en las teorías de las ciencias especializadas, pero cada uno de esos pasos es, en el caso de la teoría crítica, un momento de la constitución de aquel amplio juicio existencial. Las partes singulares se pueden transformar en juicios universales o juicios particulares hipotéticos y aplicarse en el sentido del concepto tradicional de teoría, como por ejemplo en la tesis de que al aumentar la productividad el capital se desvaloriza regularmente. En muchas partes de la teoría surgen de este modo ciertas proposiciones cuya relación con la realidad es difícil. Pues de la idea de que es verdadera la representación de un objeto unitario como totalidad, sólo en condiciones especiales se puede inferir hasta qué punto las partes singulares, disociadas de dicha representación, corresponden en su aislamiento a partes aisladas del objeto. El problema que surge tan pronto como las proposiciones parciales de la teoría crítica se han de aplicar a fenómenos únicos o repetibles de la sociedad actual atañe a la aptitud de la

46. Permítasenos una breve alusión a las relaciones que existen entre las formas de juicio y las épocas históricas. El juicio categórico es típico de la sociedad preburguesa: así son las cosas, el hombre no puede cambiar nada. Las formas hipotética y disyuntiva de juicio tienen su lugar propio especialmente en el mundo burgués: bajo ciertas circunstancias puede producirse este efecto, las cosas son o bien así o de otro modo. La teoría crítica declara: las cosas no tienen que ser necesariamente así, los hombres pueden transformar el ser, ahora están dadas las condiciones para ello.

teoría crítica para contribuir a los rendimientos del pensamiento tradicional, no a su propia verdad. La incapacidad de las ciencias especializadas, sobre todo de la economía contemporánea, de aprovechar la teoría crítica en la investigación de las cuestiones parciales de que ellas se ocupan, no se debe únicamente a ellas mismas ni a la teoría crítica, sino a su función específica en la realidad.

Así pues, también la teoría crítica, la teoría de oposición, deriva sus enunciados acerca de las condiciones reales partiendo de conceptos fundamentales universales, y con ello muestra que esas condiciones son necesarias. Pero si bien ambos tipos de estructuras teóricas son semejantes por lo que respecta a la necesidad en sentido lógico, aparece sin embargo una oposición tan pronto como se trata no simplemente de la necesidad lógica, sino de la necesidad objetiva, de la necesidad de los procesos fácticos. La afirmación del biólogo de que una planta se debe marchitar a causa de ciertos procesos inmanentes, o la afirmación de que ciertos procesos pertenecientes al organismo humano conducen necesariamente a su decadencia, dejan en suspenso la cuestión de si hay algo que pueda influir sobre el carácter de estos procesos o incluso transformarlos totalmente. Aunque se determine que una enfermedad tiene cura, sin embargo la circunstancia de si se pueden adoptar realmente medidas correspondientes, se contempla como una serie de acontecimientos externa a la cosa misma, perteneciente a la técnica y, por tanto, inesencial para la teoría misma. La necesidad que domina a la sociedad se podría considerar, en este sentido, como una necesidad biológica, y se podría poner en cuestión el carácter peculiar de la teoría crítica, ya que tanto en la biología como en otras ciencias naturales se construyen teóricamente los procesos singulares de forma similar a como sucede, según hemos expuesto más arriba, en la teoría crítica de la sociedad. El desarrollo de la sociedad se habría de entender como una cierta serie de acontecimientos para cuya exposición se recurre a los resultados de diversos ámbitos científicos, del mismo modo que un médico, por ejemplo, en el caso de una enfermedad, o un geólogo que investigue la prehistoria de la tierra, tienen que aplicar diversas ramas del saber. La sociedad aparece aquí como un individuo sobre el cual se juzga tomando como fundamento las teorías de las ciencias especializadas. 35-

Pero por muchas que sean las analogías entre estos dos esfuerzos intelectuales, existe una diferencia decisiva por lo que respecta a la relación entre sujeto y objeto y, con ello, respecto de la necesidad del suceso sobre el que se juzga. El asunto con el que se relaciona el científico especialista permanece absolutamente intacto por parte de su propia teoría. Sujeto y objeto están rigurosamente separados, aun cuando se llegue a mostrar que en algún momento posterior el acontecimiento objetivo se verá influido por la intervención humana; la teoría ha de considerar también esta intervención como un hecho. El acontecimiento objetivo es trascendente a la teoría, y su independencia respecto de ella es esencial a la necesidad de ésta: el observador en cuanto tal no puede cambiar nada en el acontecimiento. Pero el comportamiento conscientemente crítico forma parte del desarrollo de la sociedad. La construcción del proceso histórico como un producto necesario de un mecanismo económico contiene al mismo tiempo la protesta, surgida de ese mismo mecanismo, contra este orden y la idea de la autodeterminación del género humano, es decir, la idea de una situación en la que los actos de los hombres ya no emanan de un mecanismo, sino de sus decisiones. El juicio acerca de la necesidad de los sucesos acontecidos hasta ahora implica aquí la lucha por transformarlos de necesidad ciega en necesidad con sentido. Pensar el objeto de la teoría separado de ésta falsea la imagen y conduce al quietismo o al conformismo. Cada una de las partes de la teoría presupone la crítica y la lucha contra lo existente en la dirección determinada por ella misma.

No sin fundamentos, aunque tampoco con toda razón, los teóricos del conocimiento que parten de la física han condenado la confusión de las causas con el efecto de las fuerzas, y finalmente han cambiado el concepto de causa por el de condición o el de función. Pues al pensamiento⁴⁷ que se limita a registrar lo que tiene delante se ofrecen siempre meras series de fenómenos, nunca las fuerzas y contrafuerzas, lo cual, por supuesto, no se debe a la naturaleza misma, sino a la esencia de ese pensamiento. Si se aplica este procedimiento a la sociedad, se obtienen la estadística y la sociología descriptiva, que pueden cobrar importancia para cual-

47. «Al pensamiento» / 1937: «a la contemplación».

quier fin, también para la teoría crítica. Para la ciencia tradicional es necesario todo, o bien no lo es nada en absoluto, en función de si por «necesidad» se entiende la independencia del observador, o bien la posibilidad de hacer pronósticos absolutamente ciertos. Pero si el sujeto no se aísla radicalmente, tampoco como sujeto pensante, de las luchas sociales en las que participa, si el sujeto no ve el conocimiento y la acción meramente como conceptos separados, entonces el concepto de necesidad tiene otro sentido. Mientras la necesidad, no dominada por el hombre, se opone a éste, es por una parte el reino de la naturaleza, que nunca desaparecerá del todo a pesar de todas las conquistas que aún están por hacer; y por otra parte es la impotencia que la sociedad ha mostrado hasta hoy para dirigir la lucha contra esta naturaleza en una organización consciente y conforme a fines. Aquí aludimos a las fuerzas y contrafuerzas. Ambos momentos del concepto de necesidad, que están relacionados entre sí, el poder de la naturaleza y la impotencia de los hombres, se basan en el esfuerzo que los hombres hacen por liberarse de la violencia de la naturaleza y de las formas de la vida social, del orden jurídico, político y cultural convertidas en cadenas. Pertenecen a la verdadera aspiración de una situación en la cual lo que los hombres quieren es también necesario, una situación en la que la necesidad de la cosa pasa a ser la de un acontecer racionalmente dominado. La aplicabilidad e incluso la comprensión de estos y otros conceptos del pensamiento crítico está vinculada a la actividad y el esfuerzo propios, a una voluntad en el sujeto cognoscente. Debe fracasar el intento de remediar la comprensión insuficiente de estas ideas y del modo de su concatenación aumentando simplemente su precisión lógica, o formulando definiciones aparentemente más exactas o incluso un «lenguaje unificado». No se trata aquí simplemente de una comprensión equivocada, sino de la oposición real de dos actitudes diferentes. En la teoría crítica, el concepto de necesidad es él mismo un concepto crítico; presupone el concepto de libertad, aunque no como concepto existente. La idea de una libertad que desde siempre está ahí, aunque los hombres estén encadenados; el concepto, pues, de una libertad meramente interior, pertenece al pensamiento idealista. El joven Fichte mostró con la máxima claridad la tendencia de esta idea no completamente falsa, pero sesgada: «Ahora estoy

completamente convencido de que la voluntad humana es libre y de que el fin de nuestra existencia no es la felicidad, sino sólo la dignidad de ser felices». ⁴⁸ Se muestra aquí la mala identidad de las distintas posiciones y escuelas metafísicas radicales. La afirmación de la absoluta necesidad del acontecer significa en último término lo mismo que la afirmación de la libertad real en el presente: la resignación en la praxis.

La incapacidad de pensar la unidad de teoría y praxis y la restricción del concepto de necesidad a un acontecer fatalista se fundan, desde el punto de vista de la teoría del conocimiento, en la hipótesis del dualismo cartesiano de pensamiento y ser. Éste es adecuado a la naturaleza, así como a la sociedad burguesa, en la medida en que ésta se asemeja a un mecanismo natural. La teoría que llega a ser un poder real, la autoconciencia de los sujetos de una gran revolución histórica, trasciende la mentalidad de la que es característico este dualismo. En la medida en que los científicos no sólo lo tienen en la cabeza, sino que se lo toman en serio, no pueden actuar autónomamente. Se conducen en la práctica, conforme a su propio pensamiento, sólo hacia donde los determina la urdimbre causal cerrada de la realidad, o son objeto de consideración, como unidades individuales, de magnitudes estadísticas en las que precisamente la unidad individual no desempeña ninguna función. Como seres racionales, son impotentes y están aislados. El reconocimiento de este hecho constituyó un paso hacia su superación, ⁴⁹ pero sólo ingresa en la conciencia burguesa en forma metafísica, ahistórica. Domina el presente ⁵⁰ como creencia en la inmutabilidad de la forma social. En su reflexión, los hombres se ven como meros espectadores, como participantes pasivos en un acontecer violento que tal vez se puede prever, pero que en cualquier caso no se puede dominar. Conocen la necesidad, pero no en el sentido de los acontecimientos que se provocan por la fuerza, sino en el de aquellos otros que se calculan de antemano con probabilidad. Allí donde se admite el entrelazamiento de voluntad y pensamiento, de intuición y acción, como sucede en algunas partes de

la más moderna sociología, esto sólo se interpreta bajo el aspecto de una complejidad del objeto, complejidad que hay que tener en cuenta. Hay que atribuir todas las teorías que aparecen a las tomas de posición prácticas y a los estratos sociales que están en relación con ellas. El sujeto se sustrae al asunto, no tiene otro interés ⁵¹ que la ciencia.

La hostilidad hacia lo teórico en general que hoy impera ⁵² en la vida pública, se dirige en realidad contra la actividad transformadora que está asociada al pensamiento crítico. Donde no prosiguen las actividades de constatar y ordenar en categorías tan neutras como sea posible (es decir, indispensables para la praxis vital en su forma dada), surge de inmediato la oposición. A la inmensa mayoría de los dominados les frena el miedo de que el pensamiento teórico pueda hacer que parezca equivocada y superflua su adaptación a la realidad, tan trabajosamente lograda; y entre quienes se benefician de la situación se alza un recelo general contra toda forma de independencia intelectual. La tendencia a concebir la teoría como la antítesis de la positividad es tan fuerte que incluso la inocua teoría tradicional se ve a veces afectada por ella. La teoría en general cae en descrédito porque la forma de pensamiento más avanzada del presente es la teoría crítica y todo esfuerzo intelectual consecuente que se interese por el hombre desemboca en ella por su propio sentido. A cualquier otro enunciado científico que no se limite a exponer datos y hechos en las categorías más usuales y, en la medida de lo posible, en la forma más neutral, la forma matemática, se le acusa también de ser demasiado teórico. Pero esta actitud positivista no es necesariamente enemiga del progreso. Aunque en el antagonismo de las clases, agudizado en las últimas décadas, la dominación se deja cada vez más en manos del aparato real de poder, sin embargo la ideología constituye un factor aglutinante nada despreciable en el agrietado edificio social. En la consigna de atenerse a los hechos y abandonar toda forma de ilusión hay, aún hoy, algo parecido a una reacción contra la asociación de opresión y metafísica. Pero sería un error pasar por alto la diferencia esencial entre la Ilustración em-

48. Johann Gottlieb Fichte, *Briefwechsel*, edición de H. Schulz, tomo I, Leipzig 1925, pág. 127.

49. «Superación» (*Aufhebung*) / 1937: «superación» (*Überwindung*).

50. «El presente» / 1937: «realmente el presente».

51. «Interés» / 1937: «deseo».

52. «Impera» / 1937: «se expresa».

pirista del siglo XVIII y la de nuestro tiempo. En aquella época, una nueva sociedad ya se había desarrollado en el marco de la antigua. Era necesario liberar la economía burguesa, ya existente, de los obstáculos feudales, simplemente «dejarla ir». El pensamiento científico correspondiente necesitaba también sacudirse esencialmente los viejos vínculos dogmáticos, con el fin de recorrer el camino que ya había reconocido. Pero en el tránsito de la forma social presente a la futura, la humanidad se debe constituir por primera vez en sujeto consciente y determinar activamente sus propias formas de vida. Aunque hoy ya existen los elementos de la cultura futura, hace falta una reconstrucción consciente de las relaciones económicas. Por ello, la hostilidad indiferenciada contra la teoría supone hoy un obstáculo. Si no se avanza en el esfuerzo teórico que, en interés de una sociedad futura racionalmente organizada, ilumina críticamente la sociedad presente y construye su objeto echando mano de las teorías tradicionales formadas en las ciencias especializadas, se quitan las bases de la esperanza de mejorar en profundidad la existencia humana. La exigencia de positividad y subordinación, que amenaza con embotar la sensibilidad para la teoría también en los grupos más progresistas de la sociedad, atañe necesariamente no sólo a la teoría, sino también a la praxis de la liberación.

Las partes aisladas de la teoría que emprenden la tarea de deducir las complicadas relaciones del capitalismo liberal y finalmente del capitalismo de los monopolios partiendo del esquema de la economía simple de mercancías no se comportan de forma tan indiferente al tiempo como los pasos de un orden deductivo. Así como, en la escala de los organismos, la función de la digestión (importante también para el hombre) tiene lugar en estado puro, por así decirlo, en la especie de los celentéreos, así también hay formas históricas de la sociedad que, como mínimo, se aproximan a la economía simple de mercancías. Como ya hemos mostrado, el desarrollo conceptual se encuentra en una relación con el desarrollo histórico que se puede constatar, aunque no son paralelos. Pero la relación esencial de la teoría con su tiempo no descansa en la correspondencia de las partes singulares de la construcción con los períodos históricos (una doctrina en la que coinciden la *Fenomenología del espíritu* y la *Lógica* de Hegel, así

como *El Capital* de Marx, como testimonios de un mismo método), sino en la transformación permanente del juicio existencial teórico acerca de la sociedad, condicionado por su relación consciente con la praxis histórica. Esto no tiene nada que ver con el principio de poner «radicalmente en cuestión» de forma incesante todo contenido teórico determinado y comenzar una y otra vez desde el comienzo, principio mediante el cual la metafísica y la filosofía de la religión modernas han combatido toda formación consecuente de teorías. La teoría crítica no tiene hoy un contenido doctrinal y mañana otro. Sus transformaciones no condicionan un brusco giro hacia una nueva intuición, mientras la época no se transforme. La estabilidad de la teoría se debe a que en todo cambio de la sociedad permanece idéntica su estructura económica fundamental, la relación de clases en su forma más simple, y, con ella, también la idea de su superación. Los rasgos decisivos del contenido, determinados por estos elementos permanentes, no pueden cambiar antes del giro histórico. Por otra parte, la historia no permanecerá quieta hasta entonces. El desarrollo histórico de los antagonismos, desarrollo con el que el pensamiento crítico está comprometido, modifica la importancia de los momentos particulares del pensamiento, obliga a establecer distinciones y transforma el significado de los conocimientos de las ciencias especializadas para la teoría y la praxis críticas.

Veamos más de cerca lo que queremos decir tomando el concepto de la clase social que dispone de los medios de producción. Durante el período liberal la dominación económica estaba vinculada casi en todas partes a la propiedad jurídica de los medios de producción. La gran clase de los propietarios era la clase socialmente dirigente, y toda la cultura de aquella época se caracteriza por esta situación. La industria estaba todavía diferenciada en un gran número de empresas pequeñas (desde la perspectiva actual) e independientes. La dirección de la fábrica adecuada a este estadio del desarrollo técnico se ejercía por uno o varios propietarios o sus encargados, designados directamente por ellos. Con el rápido proceso de concentración y centralización del capital que, mediado por el despliegue de la técnica, ha tenido lugar en el último siglo, los propietarios jurídicos han sido apartados en buena medida de la dirección de las gigantescas empresas que se van formando y

que absorben sus fábricas, con lo que la dirección se autonomiza frente a los títulos jurídicos de propiedad. Aparecen los magnates industriales, los dirigentes de la economía. En muchos casos conservaron, al principio, la mayor parte de la propiedad de sus consorcios. Esta circunstancia se ha vuelto hoy inessential, y aparecen poderosos directivos particulares que dominan sectores enteros de la industria y sólo poseen en propiedad una mínima parte de las fábricas que dirigen. Este proceso económico trae consigo un cambio en la función del aparato jurídico y político, y de las ideologías. Sin que haya cambiado en lo más mínimo la definición jurídica de la propiedad, los propietarios se tornan cada vez más impotentes frente a los directivos y sus equipos. La capacidad de disponer directamente de los medios de producción de las gigantes empresas da a la dirección una superioridad tal que por regla general apenas se puede pensar en una victoria de sus oponentes, los propietarios, en el caso de que éstos promuevan un pleito contra la dirección a causa de cualesquiera diferencias de opinión. La influencia de la dirección, que en un principio sólo se relacionaba con instancias jurídicas y administrativas inferiores, acaba extendiéndose también a las instancias superiores, y por último al Estado y su organización de poder. El horizonte de los meros poseedores de títulos de propiedad es cada vez más estrecho, a causa de su separación de la producción real y de su pérdida de influencia; sus condiciones de vida y su comportamiento⁵³ son cada vez más impropios de una posición socialmente decisiva, y finalmente la parte de la propiedad que aún poseen, sin ser capaces de contribuir realmente a su incremento, se revela socialmente inútil y moralmente dudosa. En estrecha relación con estas y otras transformaciones, surgen las ideologías de la gran personalidad y de la diferencia entre capitalismo productivo y capitalismo parasitario. Pierde peso la idea de un derecho independiente frente a la generalidad y provisto de un contenido fijo. Del mismo sector que mantiene brutalmente el poder de disposición sobre los medios de producción, esta pieza central del orden social dominante, surgen doctrinas políticas según las cuales la propiedad improductiva y los ingresos parasitarios deberían desaparecer. Al reducirse el

53. «Su comportamiento» / 1937: «su personalidad».

círculo de quienes son realmente poderosos aumentan las posibilidades de la formación consciente de ideologías, del establecimiento de una doble verdad en la que se reserva el saber a los *insiders* mientras que se reserva al pueblo una versión distinta, y se extiende el cinismo contra la verdad y el pensamiento en general. Al final del proceso aguarda una sociedad dominada ya no por propietarios independientes, sino por las camarillas de los dirigentes industriales y políticos.

Estas transformaciones no dejan intacta la estructura de la teoría crítica. Por supuesto, la teoría crítica no sucumbe a la ilusión, cuidadosamente fomentada en las ciencias sociales, de que la propiedad y el beneficio ya no desempeñan una función decisiva. Por una parte, la teoría crítica siempre supo que las relaciones jurídicas no son la esencia, sino la superficie del estado de cosas de la sociedad, y sabe que la capacidad de disponer de los hombres y las cosas pertenece a un grupo particular de la sociedad que compite con otros grupos de poder económicos; una competencia que es menor en el interior de los países, pero tanto más encarnizada a escala mundial. El beneficio procede de las mismas fuentes sociales y se debe incrementar, en último término, mediante los mismos métodos que hasta ahora se han empleado. Por otra parte, a la teoría le parece que con la eliminación de todo derecho que posea un contenido determinado, eliminación condicionada por la concentración del poder económico y que se consuma en las condiciones de los estados autoritarios, desaparece, junto con la ideología, un factor cultural que en modo alguno tiene sólo un aspecto negativo, sino que también tiene otro positivo. Al considerar estas transformaciones de la estructura interna de la clase de los empresarios, aparecen diferencias en otros conceptos de la teoría crítica. La dependencia de la cultura respecto de las relaciones sociales se debe transformar junto con éstas hasta en sus detalles, si es cierto que la sociedad es un todo. En el período liberal las convicciones políticas y morales de los individuos también se podían derivar de su situación económica. La valoración del carácter sincero, del cumplimiento de la propia palabra, de la autonomía del juicio, etc., son el resultado de una sociedad de sujetos económicos relativamente independientes que se relacionan entre sí mediante contratos. Pero esta independencia estaba muy mediada psicológicamente, y la

propia moral adquirió, a consecuencia de su función en el individuo, una especie de fijeza. (La verdad de que la dependencia de la economía dominaba también esta moral se ha puesto de manifiesto, por supuesto, al desvanecerse la libertad de conciencia tan pronto como, en nuestros días, peligran las posiciones económicas de la burguesía liberal.) Pero esa relativa independencia del individuo también ha terminado en las condiciones del capitalismo monopolista. El individuo ya no tiene pensamientos propios. El contenido de la fe de masas en la que nadie cree realmente es un producto inmediato de las burocracias que dominan la economía y el Estado, y sus partidarios sólo persiguen, en secreto, sus intereses atomizados, y por tanto no verdaderos; actúan como meras funciones del mecanismo económico. Por ello ha cambiado el concepto de dependencia de lo cultural respecto de lo económico. Tras la aniquilación del individuo típico, este concepto se debe entender en un sentido más vulgarmente materialista que antes. Las explicaciones de fenómenos sociales se hacen más simples y a la vez más complejas. Más simples, porque lo económico determina a los hombres más inmediata y conscientemente, y van desapareciendo la resistencia y sustancialidad relativas de las esferas de la cultura; más complejas, porque el dinamismo económico desbocado, que rebaja a la mayoría de los individuos al rango de meros medios suyos, produce a un ritmo vertiginoso formas y fatalidades siempre nuevas. Incluso las partes más avanzadas de la sociedad se desaniman, vencidas por la perplejidad general. También la verdad está vinculada, en su existencia, a constelaciones de la realidad. En la Francia del siglo XVIII tenía detrás de sí a una burguesía ya desarrollada económicamente. En las condiciones del capitalismo tardío,⁵⁴ y dada la impotencia de los trabajadores frente a los aparatos de opresión de los Estados autoritarios, la verdad se ha refugiado en grupos asombrosamente pequeños que, diezmados por el terror, tienen poco tiempo para afinar la teoría. Los charlatanes se benefician de ello, y la situación intelectual general de las masas retrocede rápidamente.

Lo anterior debería dejar claro que la constante revolución de las condiciones sociales que resulta inmediatamente de los de-

sarrollos económicos y se expresa en primer término en la construcción de la clase dominante no afecta sólo a ciertas ramas particulares de la cultura, sino también al sentido de la dependencia de ésta respecto de la economía y, con ello, a los conceptos decisivos de toda esta teoría. La influencia del desarrollo social sobre la estructura de la teoría forma parte los propios contenidos doctrinales de ésta. Por consiguiente, los nuevos contenidos no se añaden mecánicamente a las partes ya dadas. Puesto que la teoría constituye un todo unitario que sólo adquiere su significado propio en su relación con la situación del presente, se encuentra inmersa en una evolución que, claro está, no supera (*aufhebt*) sus fundamentos, como tampoco la esencia del objeto que la teoría refleja, la sociedad actual, se convierte en otra a causa de sus últimas transformaciones. Sin embargo, incluso los conceptos aparentemente más alejados quedan implicados en el proceso. En esta peculiaridad se fundan primordialmente las dificultades lógicas que el entendimiento descubre en todo pensamiento que refleje un todo vivo. Aparecen contradicciones cuando se extraen de la teoría los conceptos y juicios particulares y se los compara con los conceptos y juicios aislados procedentes de una concepción anterior. Esto es cierto tanto para las fases de desarrollo histórico de la teoría como un todo, como para los distintos niveles lógicos dentro de ella. En el concepto de empresa y de empresario subsiste, pese a toda identidad, una diferencia que depende de si el concepto procede de la exposición de la primera forma de la economía burguesa o bien de la teoría del capitalismo desarrollado, y también de si procede de la crítica de la economía política del siglo XIX, la de los fabricantes liberales, o de la del siglo XX, que tiene a la vista a los monopolistas. La concepción del empresario se ve sometida a un desarrollo, como le sucede al empresario mismo. Las contradicciones de las partes de la teoría tomadas aisladamente no proceden de errores o de definiciones descuidadas, sino del hecho de que la teoría tiene un objeto que cambia históricamente y, sin embargo, sigue siendo uno a través de todas sus modificaciones fragmentarias. La teoría no acumula hipótesis acerca del curso de procesos particulares de la sociedad, sino que construye la imagen del todo que se va desarrollando, el juicio existencial que la historia contiene implícitamente. Lo que el empresario, o incluso el hombre burgués en

54. «Capitalismo tardío» / 1937: «capitalismo monopolista».

general, ha sido en el pasado (por ejemplo, el hecho de que su carácter contenga, junto con los rasgos racionalistas, los rasgos irracionalistas que actualmente prevalecen en los movimientos de masas de las clases medias) se remonta a la situación económica originaria de la burguesía y se funda en los conceptos básicos de la teoría. Pero este origen mismo se revela por primera vez, en esta forma diferenciada, en las luchas del presente, y no sólo porque la burguesía experimenta actualmente ciertas transformaciones, sino también porque en relación con ello los intereses y la atención del sujeto teórico hacen que el acento recaiga en otros aspectos. Ahora bien, la clasificación y yuxtaposición de los diversos tipos de dependencia, de mercancías, de clases, de empresarios, etc., tal como aparecen en las fases lógicas e históricas de la teoría, responden quizás a un interés sistemático y no son completamente inútiles. Pero como en último término el sentido sólo se aclara en relación con la totalidad de la construcción conceptual, que siempre se tiene que adaptar a nuevas situaciones, tales sistemas de especies y subespecies, de definiciones y especificaciones de conceptos tomados de la teoría crítica no suelen poseer siquiera el valor de los inventarios conceptuales de otras ciencias especializadas, los cuales, al menos, se emplean en la praxis relativamente uniforme de la vida cotidiana. Convertir la teoría crítica de la sociedad en sociología es, en fin, un empeño problemático.

La cuestión, a la que hemos aludido, de la relación entre el pensamiento y el tiempo presenta, claro está, una dificultad especial. Pues es imposible hablar en sentido propio de cambios en una teoría verdadera. La expresión de tales cambios presupone más bien una teoría afectada por el mismo problema. Nadie se puede convertir en otro sujeto distinto del sujeto del momento histórico. En rigor, sólo tiene sentido hablar de la constancia o la mutabilidad de la verdad si se hace con intención polémica, enfrentándose a la aceptación de un sujeto absoluto, suprahistórico, o a la idea de que los sujetos son intercambiables, como si de verdad se pudiera salir del momento histórico presente y trasladarse a voluntad a cualquier otro. No vamos a ocuparnos aquí de hasta qué punto esto es posible y hasta qué punto es imposible. En todo caso es incompatible con la teoría crítica la creencia idealista de que ella expone algo que trasciende a los hombres y tiene un crecimiento.

Los documentos tienen una historia, pero la teoría no tiene un destino. Las ideas de que ciertos momentos se han añadido a ella, o de que en el futuro se tendrá que adaptar a nuevas situaciones sin que cambie su contenido teórico esencial, pertenecen a la teoría tal como existe hoy, y tal como hoy intenta determinar la praxis. Los hombres que la conciben, lo hacen como un todo y actúan de acuerdo con ese todo. El aumento constante de una verdad independiente de los sujetos, la confianza en el progreso de las ciencias, sólo se puede referir, en su validez limitada, a aquella función del saber que seguirá siendo necesaria en una sociedad futura: el dominio de la naturaleza. Por supuesto, también este saber pertenece a la totalidad social existente. Pero el supuesto de las afirmaciones acerca de su duración o su transformación, es decir, el progreso de la producción y reproducción económicas en la forma conocida, tiene aquí hasta cierto punto el mismo significado que la idea de la intercambiabilidad de los sujetos. El hecho de que la sociedad esté escindida en clases no impide la identificación de los sujetos humanos. Aquí el saber es una cosa que una generación transmite a otra; mientras tengan que vivir, necesitarán de ella. También a este respecto puede estar tranquilo el científico tradicional.

En cambio, la construcción de la sociedad según la imagen de una transformación radical, que en modo alguno ha superado todavía la prueba de su posibilidad real, carece de la ventaja de ser común a muchos sujetos. La aspiración a una situación sin explotación ni opresión, en la que exista realmente un sujeto omniabarcante, es decir, la humanidad autoconsciente, y en la que se pueda hablar de una formación unitaria de teorías y de un pensamiento que trascienda a los individuos, esta aspiración no es todavía su realización. La transmisión más estricta posible de la teoría crítica es, claro está, una condición de su éxito histórico, pero no se realiza sobre el fundamento fijo de una praxis perfectamente pulida, y de modos fijos de comportamiento, sino por medio del interés en el cambio, un interés que se reproduce necesariamente ante la injusticia dominante, pero que debe cobrar forma y orientarse por la propia teoría, al mismo tiempo que revierte sobre ella. El círculo de los portadores de esta tradición no se limita y renueva mediante regularidades orgánicas o sociológicas. No se constituye ni mantiene su cohesión por medio de ninguna herencia biológica o tes-

tamentaria, sino a través del conocimiento vinculante, y éste garantiza la comunidad presente, no la futura. A pesar de portar el sello de todos los criterios lógicos, la teoría crítica carece de confirmación hasta el final de la época, confirmación que se alcanza con la victoria. Hasta entonces continúa la lucha por su comprensión y aplicación correctas. La versión de que tiene de su parte la mayoría y el aparato de la propaganda no por ello es la mejor. Antes del vuelco histórico universal, la verdad puede estar en unidades numéricamente pequeñas. La historia enseña que tales grupos proscritos, apenas tenidos en cuenta incluso por los sectores críticos de la sociedad, pero que jamás se desvían de su camino, pueden tomar la delantera en el momento decisivo en razón de su comprensión más profunda. Hoy, cuando todo el poder de lo existente nos impele al abandono de toda cultura y a la barbarie más oscura, el círculo de la solidaridad real es, de todos modos, bastante estrecho. Por supuesto, sus detractores, los señores de este período de decadencia, no tienen lealtad ni solidaridad. Tales conceptos constituyen momentos de la teoría y la praxis correctas. Disociados de éstas, su significado cambia, como todas las partes de una urdimbre viva. Es verdad que, por ejemplo, en el seno de una banda de ladrones se pueden desarrollar los rasgos positivos de una comunidad humana, pero esta posibilidad denuncia permanentemente una carencia en esa sociedad mayor en cuyo seno existen las bandas de ladrones. En una sociedad injusta, los criminales no deben ser necesariamente minusvalorados como seres humanos, mientras que en una sociedad enteramente justa serían al mismo tiempo inhumanos. Sólo en el contexto total cobran su sentido correcto los juicios aislados acerca de lo humano.

No hay criterios generales para la teoría crítica como un todo; pues tales criterios se basan siempre en la repetición de sucesos y, por tanto, en una totalidad que se reproduce a sí misma. Como tampoco existe una clase social a cuya aprobación podamos atenernos. La conciencia de cualquier estrato social se puede haber estrechado y corrompido ideológicamente en las condiciones actuales, por mucho que, dada su situación, dicha conciencia esté destinada a la verdad. Pese a su comprensión profunda de cada uno de los pasos y a la coincidencia de sus elementos con las teorías tradicionales más avanzadas, la teoría crítica no tiene de su parte

otra instancia específica que el interés, vinculado a ella misma, en la supresión de la injusticia social.⁵⁵ Esta formulación negativa es, en expresión abstracta, el contenido materialista del concepto idealista de razón. En un período histórico como el nuestro, la verdadera teoría no es tanto afirmativa como crítica, del mismo modo que la acción conforme a ella no puede ser «productiva». El futuro de la humanidad depende hoy de la existencia de la actitud crítica, que naturalmente entraña elementos de la teoría tradicional y de esta cultura moribunda en general. Una ciencia que, con presuntuosa autosuficiencia, considera la configuración de la praxis a la que pertenece y sirve simplemente como lo que queda más allá de ella, y que se conforma con la separación de pensamiento y acción, ha renunciado ya a la humanidad. El rasgo más sobresaliente de la actividad del pensamiento consiste en determinar por sí misma qué debe hacer la teoría, para qué debe servir, y no sólo en algunas de sus partes, sino en su totalidad. Por ello su propia esencia la remite al cambio histórico, a la instauración de una situación de justicia entre los hombres.⁵⁶ Hoy la oposición entre individuo y sociedad se hace cada día más profunda en nombre del «espíritu social» y la «comunidad popular».⁵⁷ La autocomprensión de la ciencia se hace cada vez más abstracta. El conformismo del pensamiento, la insistencia en que se trata de una profesión fija, de un ámbito cerrado en sí mismo dentro de la totalidad social, renuncia a la esencia misma del pensamiento.

55. «De la injusticia social» / 1937: «de la dominación de clase».

56. «Remite... hombres» / 1937: «la impulsa al cambio histórico».

57. «Del "espíritu social" y la "comunidad popular"» / 1937: «del espíritu social y la comunidad popular».